AÑO IV — BUENOS AIRES, 2 DE FEBRERO DE 1925 — No. 159

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

Dir. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a M. Torrente

TRAS LA CARETA

s cocodrilescos aliados lloran y gimo- porque Alemania atiza y alimenta uevo combustible el espíritu de re- ia, mientras ellos sobre esa fragua en el aceite, a fin de que esas llamas dien toda la casa. Tontos, malvados, s o locos, hacen todo lo posible para al vencido, que en definitiva es el tariado alemán, y no las clases al- i medias, sembrando a manos llenas io. Fomentan el bajo patrioterismo alma teutona y se plañen a la par do ésta se manifiesta esporádicamen- ero al gañir y pleitear plañideramen- e rien bajo la máscara que llevan ta. Son los pretextos para obrar dra- anamente en nombre de una justicia ntida. Esta hipocresía, propia de la que se disfraza con piel de cordero, que repugna e indigna. Legalmente ren perpetrar sus saqueos. No les a con el despojo, además desean ca- zarlo y santificarlo.

ientras estos saurios en trance de es y árbitros del mundo europeo se iven para enredar la madeja, las cri- existentes desde el armisticio marchan ando botas de siete leguas. Ni una ha remediada y todas agravadas y em- adas en un cien por cien. La crisis a vivienda, de la desocupación, de subsistencias, la crisis de las ideas, s las llagas de la civilización moder- fueron exasperadas. La bancarrota del al sistema es solamente cuestión de mpo.

omo último recurso legal, según ellos, can el artículo 429 del tratado de salles, para no desocupar la cabeza de nte de Colonia. Hace tres meses más enos que este asunto y la conferencia opio vienen insumiendo una cantidad de energías humanas que, de trans- marlas en fuerza motriz, podrían alum- r y proporcionar calefacción a toda ciudad. Causa estupor saber cuantos ides se emplean, cuanta fuerza se mal- a en hacer las cosas mal, propician- el desorden y el caos. Lo burgués a confusión babélica, es el barullo de as las doctrinas, de todas las teorías rada a sistema de vida. Todos hablan adie se entienden, o fingen no enten- se, por subalternas conveniencias. ¿No absurdo y criminal que un puñado de inicacos estén discutiendo cómo se enenará o no, mediante los narcóticos, os habitantes de un continente o de , sin llegar nunca a ponerse de acuer- por causa de la rapacidad mutua? nto Inglaterra defendiendo a los pro- tores de opio de Indochina, como Nor- mérica intentando prohibir el consumo l del narcótico, persiguen los mismos es.

Respecto a Alemania, los bandidos coa- ados alegan que se hallan en el dere- de ocupar la Renania por el término de quince años, según lo fijan los arti- os 428 y 429 del tratado de Versalles. agregan que se contemplaría la reduc- n de ese plazo siempre que Alemania mpla fielmente las cláusulas de dicho tado. Como hasta ahora no se observó fidelidad en el cumplimiento, ellos se mueven de donde están.

Ya arbitrarán alguna trampa, ya se in- niarán como tenderles algún lazo para e los alemanes no cumplan durante cho tiempo las cláusulas con que se grava.

Usan, estos aduaneros mayores, los pro- dimientos de la policía de investigació- s que, al soltar a un ratero, se las com- ne muy bien para que reincida y, defi- tivamente, se haga un cliente asiduo de a, cobrando sueldos y fama a expensas la perdición de un infeliz.

De lo que se puede deducir de hechos precedentes, tampoco a las potencias coaligadas les conviene mucho la honradez de su enemiga ni su fidelidad, ni que falten en el país, de vez en cuando, los desvaríos bélicos que justificarían las medidas coercitivas y la opresión super-legal. Por otra parte, los agentes aliados se encargarían de atizar el fuego sagrado de las tendencias guerreristas, en caso que el partido nacional flaqueara.

Tras de la careta de esa "justicia" aliadófila se esconde toda la podredumbre de varios siglos de pillaje, vandalismos y depredaciones a los que no pueden renunciar sin suicidarse los actuales monigotes de todos los gobiernos, y cuya herencia pesa sobre esta civilización cual una losa de muerte.

———

Requiescat in pace...

El pueblo chileno añora la tranca. Siente nostalgia por el palo que solía acariciarle los lomos. Desea el regreso del ex presidente Alessandri. Lo anhela con el entusiasmo que ponen las multitudes, las mujeres y los niños cuando el ídolo, el amante y el juguete no se hallan a su alcance. Veleidosa, la muchedumbre obra por el impulso de sentimientos sumarios y primitivos. Los agiganta con su mirada de buey. Dejó partir a Alessandri llorando como una mujer, y ahora, porque él huyó, le llama otra vez. Como los fuegos fatuos, que si se les persigue huyen, y si les huyen ellos persiguen, la multitud tan pronto castiga como se arrepiente para volver a castigar, por segunda y tercera vez, retornando al arrepentimiento.

¿Será verdaderamente imprescindible el político chileno exiliado? El pueblo chileno tuvo por un momento su libertad en la mano y no supo qué hacer con ella. Triste constatación de la inmadurez de las mentes que no se consideran aptas para ser libres. Dudamos que en otras partes ocasiones semejantes fuesen desperdiciadas. Porque ni siquiera hubo un conato de rebelión libertaria. ¿Acaso la experiencia dolorosa de los años que estuvo en ejercicio Alessandri, encarcelando estudiantes, coaccionando sociedades obreras y conduciéndose como casi todos los políticos trogloditas de suramérica no les enseñó nada?

Frágil es la memoria de las colectividades para recordar agravios. Nunca se sienten bastante escarnecidas ni asaz brutalizadas. Cambian el sable por la tranca, por un hisopo, por un cetro, pero siempre necesitan un amo, un general, un reyezuelo, un ícono, a semejanza de Lenin, para postrarse y envilecerse ante él, abdicando de todas sus prerrogativas de seres posiblemente libres. Se asombran de vivir sin que alguien les mande, les maltrate y les estruje como estropajos de cocina. Y no podía ser de otra manera. Desde la infancia, el palo, el insulto, la violencia del pater familia, les educó para ser verdugos o esclavos. Víctimas o victimarios era la futura carrera que les reservaba el destino. Los que se salvan de este ananké, si eran los fuertes de espíritu y generosos del sentimiento, serían los eternos perseguidos; ya que no existe individuo más disolvente que el que predica con el ejemplo, reprochándoles la maldad a los malvados, echándoles en cara su cobardía a los esclavos y despreciando la riqueza y los bienes terrenales. Verbigracia Ghandi y todos los apóstoles de la humanidad.

Por eso es tan árdua la tarea de los antipolíticos, de los antiautoritarios, del anarquismo, en una palabra, que pretende desarraigar de la conciencia humana el germen venenoso de la autoridad, engendrador de las mayores calamidades.

Efecto del miedo, el ídolo autoritario que se personificó en Jehová para el hombre primitivo, fué heredado íntegro por las generaciones modernas, que no pueden dar un paso sin que el terror, este miedo les siga como su propia sombra.

¿Y qué es sino miedo lo que le obliga al pueblo chileno a pedir en masa el regreso de Alessandri para que con el bastón de mando le siga acariciando los lomos de bestias extenuadas en cuyas pupilas bovinas se refleja el pavor de los pavores, el pavor de morir de hambre, el pavor de quedar solo, el pavor más grande no poder pensar por sí mismos?

Requiescat in pace.

———

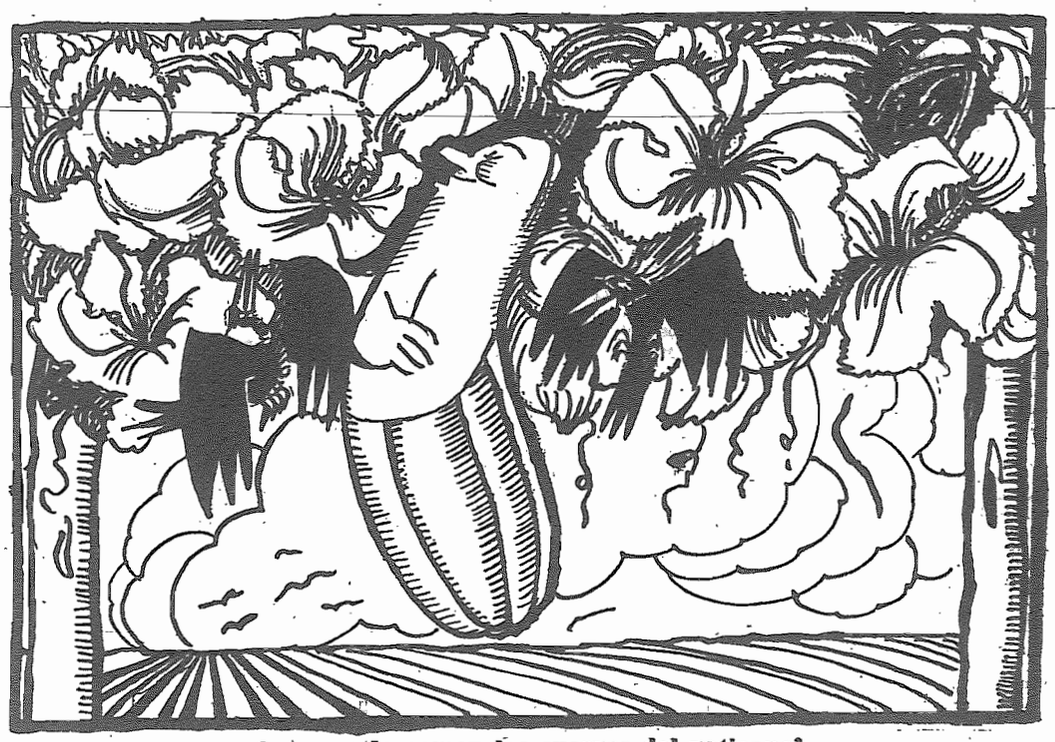
Moneda falsa

No se sabe bien si los ladrones engendran la policía o si ésta dá nacimiento a aquéllos. Probablemente la última hipótesis es la más probable y verdadera. Todavía no hay sabio que se haya pronunciado sobre el particular. Más cuerdo sería consultar a un discípulo de Caco.

¿Está verdaderamente interesada la sección investigaciones en la supresión total de las variadas manifestaciones producidas por los que viven al borde del código penal? No, absolutamente, no. Como el gusano hijo de la podredumbre, vive en ella. Si no existiera la delincuencia, la policía la inventaría. Se halla en su interés, y, como nosotros no le discutimos el derecho de vida a nadie, los toleramos como a tantos otros parásitos más o menos dañinos.

Pero lo que nos causa ira es que al fomentar el vivero de la mala vida para su propia manutención, se ensañen con individuos que no tienen la menor vocación

LA CALABAZA MAYOR



¿A que se lo comen los cuervos del vaticano?

Consideraciones sobre la propaganda revolucionaria en América

Desearíamos equivocarnos en nuestra apreciación general del movimiento anarquista europeo, desearíamos cordialmente que los hechos desmintiesen nuestros puntos de vista y que el porvenir hiciera rectificar nuestros sentimientos actuales. Porque un examen desapasionado de nuestras cosas en Europa nos produce un profundo desaliento y un poco de temor por el futuro. Si no cerramos los ojos a la realidad, no podremos menos de percibir síntomas de decadencia efectiva de la virtualidad de nuestras ideas en el viejo continente. Si no diera un poco de esperanza el movimiento sindical libertario de algunos países, nuestros augurios serían más tristes aún. Infinidad de defectos se revelan al observador imparcial; el anarquismo europeo pretende ascender a los dominios de la metáfisica pura; desdeña la animación y la solidaridad con todo movimiento humano y social o expresa sus simpatías desde lo alto de ciertas tribunas consagradas o desde las torres de marfil demasiado inaccesibles para los simples mortales. No es ninguna exageración: el anarquismo europeo se resiste a ser un elemento de rebelión popular y de elevación de la mentalidad proletaria; nos parece advertir una cierta tendencia en él a preferir la exposición de nuestras ideas desde una catedra universitaria o desde un ateneo en lugar de llevar los gérmenes del anarquismo al crisol de las luchas sociales modernas. No queremos personalizar ni ilustrar con ejemplos significativos el resultado de nuestras observaciones. Contentémonos con la afirmación escueta, que cada cual pueda comprobar por sí mismo o tratar de refutar, hecho que nos sería más grato que nuestra desconsoladora afirmación.

Está demás decir que lo que en Europa atrae nuestras vivas simpatías no es el movimiento anarquista, cuyas deficencias y debilidades son innegables, sino la existencia de algunas personalidades de valores morales e intelectuales extraordinarios y que mientras existan y actúen dán a nuestro movimiento la apariencia de una vitalidad que en el fondo le falta. Si nos imaginamos la muerte de una media docena de hombres de grandes méritos que actúan en los diversos países europeos, tendremos la medida del desastre del anarquismo en Europa. Los Reclus, los Tolstoy, los Kropotkin han desaparecido y su puesto no ha vuelto a ser ocupado por nadie; cuando desaparezcan los otros hombres que dan cuanto tienen y cuando valen a nuestra causa desde hace treinta, cuarenta o cincuenta años, ¿cuál será el porvenir de nuestras ideas? Volvemos los ojos a las nuevas generaciones y nos esforzamos por descubrir en ellas un principio de regeneración: en vano. Los jóvenes que podrían tal vez ocupar un puesto digno en el pensamiento revolucionario se muestran tan rebosantes de vanidades y de presunciones que toda confianza en ellos no puede ser de ninguna manera sólida.

Son raras las excepciones, y basta echar una ojeada a nuestra prensa para demostrarlo.

Instintivamente volvemos los ojos a América; de los países de lengua española nos llegan afirmaciones menos pretenciosas, pero más viriles; puntos de vista expresados con menos belleza literaria, pero con más juventud; impulsos íntimamente más seguros y más vitales. Indudablemente los países americanos de habla española constituyen hoy el baluarte más sólido de las ideas anarquistas, tanto por lo que son hoy como por lo que son susceptibles de ser.

Nuestro movimiento en América es más sano, porque está más cerca del pueblo; es atraído más por las injusticias sociales que por la metáfisica de las ideas. Por eso tiene más vitalidad interna, más posibilidades de un vasto desarrollo. Y nuestro movimiento americano arraigará tanto más cuanto más se independice espiritualmente del anarquismo de importación, etiqueteado en Milán, en Barcelona o en París. Hay camaradas que solo viven una vida de reflejo, que solo piensan de acuerdo al cartabón de lo que se piensa o no se piensa en París o en otras partes, y eso les imposibilita para una labor fecunda y personal.

Aparte de las excepciones inevitables de compañeros que se proponen obrar en los países de lengua española de América, que tienen una personalidad política, económica y social específica, — de acuerdo a los I. W. W. de Estados Unidos, o según los sindicalistas de Barcelona, o según los anarquistas de París, y hasta según los bolchevistas rusos, podemos señalar dos países en donde la casi totalidad de movimiento procura desenvolverse según sus fuerzas íntimas y el medio ambiente circundante: esos países son Argentina y México. En la Argentina y en México se elabora poco a poco una independización espiritual del movimiento anarquista de los países de lengua española de América con respecto al movimiento del viejo mundo. Claro está, esa independización, esa autonomía está muy lejos de implicar un distanciamiento solidario; lo que implica es una especie de mayoría de edad de nuestro movimiento americano, que se resiste a marchar bajo la tutela moral del viejo continente. Nosotros no podemos menos de saludar esos síntomas saludables.

Méjico en especial ha sido un país muy poco influenciado directamente por el movimiento europeo; diversas circunstancias motivaron un desenvolvimiento hasta cierto punto autónomo de nuestras ideas en aquél; según las investigaciones del camarada Valadés, la primera Internacional tuvo ya en México, numerosos adeptos, pero esos se preocuparon poco de comunicar su adhesión a Europa; en Europa aparte de la agitación revolucionaria de Ricardo Flores Magón, desde 1910 en adelante, el México proletario y revolucionario ha sido siempre un enigma; recién estos últimos años se comienza a saber algo en el exterior de nuestro movimiento en México y en México se comienza a saber algo también del movimiento anarquista en el exterior. Pero eso no significa de ningún modo que el movimiento libertario de México se ponga a remolque del movimiento de otros países; todo lo contrario se evidencia la necesidad de afirmar las propias características y de hacer valer las propias experiencias.

En la Argentina hubo un tráfico revolucionario más constante con el extranjero, sobre todo con España, Italia y Francia. Pero también ha visto llegar el momento de romper una tutela moral nocivá que coarta la libertad de sus movimientos. Fueron los camaradas de la Argentina los primeros que opusieron a las tesis de los camaradas europeos, sus propias tesis y sus apreciaciones; esa actitud causó un poco de estupor, porque era habitual en Europa la consideración de los pueblos españoles de América como elemento de recepción pasiva, con los cuales sólo había que contar a fin de hacer suscripciones para los presos políticos y para la prensa revolucionaria de Europa. No obstante los choques de la primera hora, el resultado final de ese inesperado atrevimiento y de esa falta de respeto para las tradiciones europeas, no podrá menos de ser la reafirmación de la autonomía. Muchas de las disidencias de estos últimos tiempos en la Argentina tienen su explicación en la actitud internacional de la F. O. R. Argentina y LA PROTESTA que reivindican el derecho a tener una opinión propia y a defender el anarquismo proletario frente al sindicalismo puro de los unos y al anarquismo decadente de los otros.

En estos últimos tiempos parece haberse hecho el descubrimiento de los países americanos de lengua española; no sólo la tendencia de Gompers procura introducir el veneno de su colaboracionismo vergonzante en el movimiento obrero, sino que el reformismo europeo y el bolchevismo han creído hallar en los trabajadores de la América española una presa fácil para sus ambiciones. Contra esa invasión bienquista de los gobiernos y de los nacionalistas más rabiosos, sólo salimos al frente los anarquistas. Todo un mundo de enemigos, con toda suerte de armas y de poderes, se concitaron en el curso de los dos o tres últimos años, para desalojar el anarquismo del movimiento obrero de América. ¿Lo lograrán o no lo lograrán? En todo caso nuestra responsabilidad es muy grande en esta hora y no haríamos bien si cerrásemos los ojos ante el peligro, o si apreciásemos deficientemente sus alcances.

Sobre México y sobre la Argentina descansa en primer lugar la tarea de la resistencia activa al reformismo socialista, obrerista, bolchevista, etc. En esos países, por diversas circunstancias histórica ha polarizado el movimiento anarquista de los países españoles de América en formas más adecuadas que en ninguna otra parte; y además su fuerza numérica es superior relativamente a la del resto de los pueblos hispano-americanos. Levantemos pues los ojos por sobre el campanario de la aldea y lleguemos a la conclusión lógica de que la causa del anarquismo en América no es una defensa local más o menos encarnizada contra las invasiones diversas del veneno del autoritarismo, sino que debe ser una acción solidaria internacional. Por su posición geográfica, además, México y la Argentina ocupan posiciones estratégicas inmejorables para una resistencia defensiva en el terreno de las contiendas ideológicas. Por el norte entra el gomperismo, es decir la doctrina de la subordinación de los intereses del proletariado a los planes comerciales de los capitalistas de Wall Street, por el sur invaden simultáneamente los rublos rusos y el reformismo social-demócrata, pero el peligro es uno y el fin de los invasores es uno: el desalojo de la idea anarquista del movimiento revolucionario de los trabajadores.

Si conseguimos organizar una acción defensiva contra la invasión de esas fuerzas de esclavización económica y espiritual, si conseguimos que los camaradas de la Confederación General de los Trabajadores de México se compenetren y se solidaricen con los de la Federación Obrera Regional Argentina, ayudándose mutuamente, prestándose con facilidad solidaridad y socorro, el resto de los países será protejido contra la rapacidad de nuestros enemigos. Porque, no lo desconozcamos, lo que se intenta destruír en primer lugar no es el anarquismo filosófico de la acción trascendente, sino el anarquismo proletario de la FORA, de la C. G. T., que inspira la acción de los trabajadores en todos los momentos y que representa un escollo infranqueable ante las incursiones del autoritarismo en el movimiento obrero. Si tantos enemigos coaligados como dan actualmente el asalto a las ciudadelas anarquistas de América logran destruír o debilitar la posición de baluartes como la FORA y la C. G. T., de México, no nos hagamos ilusiones, el anarquismo perderá su mas fecundo campo de acción y por muchos años no volveremos a disponer de fuerza alguna para difundir y defender nuestras ideas.

Generalmente se califica de reacción solo la acción violenta de las fuerzas autoritarias regresivas, pero la reacción es toda tendencia que fortalece el autoritarismo y la sumisión en la conciencia de los hombres. Y en este sentido América hoy presa de una de las más astutas reacciones, la que intenta envenenar la vida revolucionaria de los trabajadores en nombre de supuestas reivindicaciones de clase.

Hace ya varios años que nos preocupaba la idea de la unidad revolucionaria de los países hispano-americanos; hoy es tanto más necesario reconocerla, cuanto que un peligro común amenaza los últimos baluartes del anarquismo, que eran los países de habla española de América, en especial la Argentina y Méjico. Por el sur hay ya ciertos focos de reacción autoritaria marxista y bolchevista en Argentina, Uruguay, en Chile, en Perú; por el norte comienza el sindicalismo de Estado con los retoños gomperistas de Méjico, Puerto Rico, Cuba, etc. Sería una torpeza no esforzarnos por matar en germen la mala semilla. Ahora bien, esa acción depuradora no es ni puede ser local, sino una coordinación internacional de todas las fuerzas afines, pues en algunos países es posible contar con elementos suficientes para una acción independiente, pero en otros no, y la conservación del predominio de nuestras ideas en todos los países hispano-americanos es un requisito para la conservación de las mismas en un solo país.

Desde hace años se intenta la creación de una internacional obrera libertaria en América; el hecho de la creación oficial de esa Internacional no significaría nada si no existe ya en la realidad, en la práctica cotidiana. Comencemos por realizar desde ya en nuestras relaciones y en nuestros pensamientos la Internacional libertaria de América, conozcámonos mutuamente y démonos la mano para la lucha común contra el enemigo común.

Si tras la ruda contienda que se inicia y que debe ser cada día más consciente del alcance y de la significación formidables que puede tener para el porvenir de la evolución histórica, — si tras esa contienda conservamos victoriosos nuestras posiciones teóricas y prácticas, hay que prever que la savia joven y vigorosa del movimiento anarquista de América infundirá nueva vida a nuestro movimiento internacional; la semilla libertaria ha sido esparcida un tiempo por Europa; es ya tiempo de que América retribuya con los frutos de la buena obra del viejo continente. Es América la que sostiene en general — sean pasadas por alto las excepciones más o menos insignificantes — la tesis de la unión íntima y solidaria del *anarquismo* con el *movimiento obrero* para crear así *un movimiento obrero anarquista*. Según nuestras observaciones, esa tesis es olvidada por el anarquismo europeo y ese olvido significa un suicidio fatal, pues la revolución que nosotros anhelamos no es una mera revolución filosófica, sino una revolución política, económica y social y para ello son indispensables las grandes masas de productores.

Si cada uno de nosotros llega a la conciencia plena de la significación trascendental, para el porvenir del anarquismo, de la defensa de los baluartes de los países hispano-americanos contra la invasión del autoritarismo reformista, colaboracionista y pseudo revolucionario, obraremos en consecuencia y hallaremos el camino a una vasta cooperación solidaria.

D. Abad de Santillán

---

por el robo y que en esa carrera serán unos miserables fracasados. Doble desgracia ser ladrón de nombre y no de hecho. Bueno; la mayoría de la clientela de ese benemérito cuerpo, compuesto en un noventa por cien por Judas de la delincuencia, son rateros a pesar de ellos.

Se vió en estos días cómo un evadido, por robar un par de pantalones tendrá que albergarse en Ushuaia, mientras que el ex administrador de los ferrocarriles del Estado y la progenie de Lencinas, robando millones, podrán morir en olor de santidad. No insistiremos en este hecho, que es la ley general, que a nadie asombra.

En lo que machacaremos, hasta remachárselo en la cabeza de adoquines que llevan sobre sus hombros casi todos los pesquisas, es el empeño, el "trop de zele" en propagar la mojarra, pasto de los tiburones. Para todas las cosas se nace con cierta afinidad y vocación. Al obstinarse ustedes en confeccionar un ratero chambón — blanco obligado de donde saldrán todos los futuros triunfos y ascensos para sus verdugos — es como si nosotros quisiéramos convertirlos a ustedes en pintores, escultores y poetas, labrando su seguro infortunio.

Ya lo dijo Martín Fierro: no pinta el que quiere, sino el que puede. Lo mismo: no roba el que quiere, sino quien sabe bien su oficio.

Permitan, pues, que la gente caída, por desgracia, en las fauces de ustedes, pueda seguir siendo honrada, ya que ustedes por vocación no pueden serlo.

Y no fabriquen con tanta frecuencia y en tanta cantidad los "Moneda Falsa", el ratero "malgré-lui" del inolvidable Sánchez; es la única advertencia que nos atrevemos a hacerles.

Las transformaciones de la concepción del Estado en la socialdemocracia

La solución de un largo pleito.—

Durante los seis años memorables de a post-guerra ha terminado definitivaente en la socialdemocracia un proceso e evolución que levantó en otro tiempo na gran polvareda y ocupó diversos conresos con las disputas de los marxistas adicales llamados revisionistas. Hablanos aquí de la participación de la soialdemocracia en un gobierno burgués de la posición que el partido adoptó asta ahora con respecto a ese problema. n el fondo, ese cacareado asunto sólo ra el resultado de una causa profunda. orrespondía a la concepción socialdemorática del Estado en general, aunque sto se revelase poco en los violentos deates que se produjeron en su tiempo en s diversas tendencias del partido, y n el grueso de los adeptos socialdemócras no llegó de ningún modo a la conciencia. Era tanto más comprensible cuanto ue en la gran mayoría de los miembros el partido socialdemócrata no existió unca la claridad sobre este punto, y los aladines de las teorías socialdemócras en todos esos años hicieron tan poco omo nada por esclarecerlo y elaborar na determinada interpretación. Hasta e puede afirmar tranquilamente que las rominencias influyentes del partido se cercaron a ese problema con una cierta edrosidad, que sólo ofreció aquí o allá teóricos aislados materia para abstracas discusiones. Tan sólo la lucha contra l bolchevismo que llegó al poder en Rusia y la nueva actitud política de la soialdemocracia dentro de la república alemana ha puesto a la orden del día el roblema y cerrado el círculo de una evoución que verdaderamente no podía llear a otros resultados.

El lassalleanismo.—

La socialdemocracia alemana, en tanto que descendiente del movimiento que undó Lassalle, estaba firmemente conencida de la absoluta necesidad o inevitabilidad del Estado. En su credulidad anática del Estado sobrepasa tanto a a burguesía liberal, que la prensa liberal de aquel tiempo calificó a menudo el movimiento lassalleano de instrumento de la reacción prusiana, un reproche que arecía ciertamente de todo fundamento material, pero que era muy explicable por el extraño coqueteo de Lassalle con el "reinado social".

En las sociedades obreras de la tendencia lassalleana dominaba entonces diversamente una corriente monárquica declarada, y apenas provocó espectación el que los miembros de la Allgemeinen Deutschen Arbeitervereins de Iserlochn enviasen al rey de Prusia, en abril de 1865, un telegrama de salutación en su cumpleaños y festejasen el día, escribiendo en un transparente llevado a la sala de los festejos, estas palabras, bajo las infaltables águilas prusianas: "Salud al Rey, el protector de los oprimidos".

Lassalle mismo fué durante toda su vida un paladín incansable de la idea hegeliana del Estado y se había apropiado completamente de las concepciones del socialista de Estado francés Louis Blanc sobre la misión social del gobierno. En *"Programa obrero"* (Arbeiterprogram) resumió sus opiniones sobre el Estado en las siguientes palabras, que al mismo tiempo se convirtieron en la profesión de fé política del movimiento lassalleano:

"La historia, señores, es una lucha con la naturaleza, con la miseria, la ignorancia, la pobreza, la impotencia y con la esclavitud de toda especie en que nos encontrábamos cuando apareció el hombre en el comienzo de la historia. La superación progresiva de esa impotencia — eso es el desenvolvimiento de la libertad que representa la historia.

En esa lucha no habríamos dado nunca un paso hacia adelante, ni lo daríamos jamás, si la hubiéramos dirigido o hubiéramos querido dirigirla aislados cada cual por sí, cada uno solo.

Es el Estado el que tiene la función de operar hacia la libertad esa *evolucion de la libertad, esa evolución del ser humano.*

El Estado es esa unidad del individuo en un todo moral, una unidad que multiplica por millones, que aumenta las fuerzas de todos los individuos incluídos en esa asociación, — las fuerzas que estarían individualmente a disposición, de todos ellos, enormemente multiplicadas.

El objeto del Estado no es, pues, proteger la libertad personal y la propiedad del individuo, con las cuales, según las ideas de la burguesía, entra ya supuestamente en el Estado; el objeto del Estado es más bien justamente poner a los individuos, por la asociación, en situación de obtener *tales fines*, una determinada etapa de la existencia que no podrían obtener individualmente jamás, capacitarlos para conseguir una suma de instrucción, de poder y de libertad que les sería inaccesible a todos ellos en tanto que individuos.

El objeto del Estado es llevar la naturaleza humana al desenvolvimiento positivo y a la evolución progresiva, en otras palabras, dar existencia real al destino humano, es decir, a la cultura de que es capaz el ser humano; es la educación y la evolución del hombre hacia la libertad.

Esa es la verdadera naturaleza moral del Estado, señores, su verdadera y elevada misión".

Los partidarios de Eisenach.—

La tendencia llamada de Eisenach, que surgió principalmente del *Verband Deutscher Arbeitervereine*, que se encontraba antes completamente a remolque de la burguesía liberal, defendió en especial, bajo la influencia de Liebknecht, la idea del "Estado Popular Libre" ("Freien Volksstaates"). La afirmación usual de que los llamados partidarios de Eisenach defendían en oposición a los lassalleanos las teorías de Marx, es sólo una *fable convenue* que no concuerda de ningún modo con la realidad de las cosas. Del verdadero marxismo, los partidarios de Eisenach sabían poco más que los adeptos de Lassalle. Liebknecht mismo se llamaba a menudo discípulo de Marx, del que era amigo personal desde hacía muchos años, pero la verdadera esencia de las doctrinas marxistas no la concibió jamás justamente; sobre todo su concepción del Estado fué para él completamente extraña. El socialismo de Liebknecht era más bien una derivación del jacobinismo socialista de los franceses que un resultado de las ideas marxistas. En general el demócrata prevalecía en él sobre el socialista.

El primer artículo del programa de Eisenach contiene esta afirmación:

"El partido obrero socialdemócrata aspira al Estado popular libre".

Tan importante le pareció al joven partido este punto de sus aspiraciones políticas, que tituló su órgano central, del que fué nombrado Liebknecht redactor, *Volksstaat.*

Cuando se realizó, en 1875, la unión de los lassalleanos y de los partidarios del programa de Eisenach sobre la base del programa de Gotha, el pasaje del "Estado popular libre" fué suplantado por estas palabras: que el partido socialista de Alemania aspira "con todos los medios legales al Estado libre y a la sociedad socialista".

De la severa crítica a que la idea del Estado popular fué sometida en los organismos del ala libertaria de la Internacional y por medio de los iniciadores del movimiento anarquista de Alemania, Emil Verner, August Reinsdorf, etc., en el *Arbeiterzeitung* de Berna, los partidarios de la socialdemocracia alemana supieron tan poco como de la crítica aniquiladora del proyecto de programa de Gotha en general, y de la idea del "Estado libre" en particular, hecha por Marx, que la hizo llegar antes del congreso de Gotha a Brache, Geib, Auer, Bebel y Liebknecht. De ese documento tuvieron noticia los miembros ordinarios del partido tan sólo quince años después por medio de *Neue Zeit.*

La posición de Marx.—

Marx mismo adopta desde el principio con respecto al Estado otra posición que Lassalle y los jefes prominentes del partido socialdemócrata unificado ulterior. Ya en 1844, es decir en la fase inicial de su evolución socialista, sometió la institución del Estado en el *Vorwaerts* de París a una crítica demoledora en su artículo: *Randglossen zu dem Artikel: Der Koenig von Preussen und die Sozialreform".*

En ese artículo trata Marx de demostrar que el Estado, según su esencia íntima, no es capaz de abolir la miseria, y en el mejor de los casos, debe refugiarse en la beneficencia pública. Si el Estado quisiera suprimir el pauperismo tendría que suprimirse a sí mismo, pero como el suicidio choca con las leyes de la naturaleza, no se puede esperar de él una acción semejante.

"El Estado no encontrará nunca en el Estado y en la institución de la sociedad, como Prusia exige de su rey, la base de los defectos sociales. Donde existen partidos políticos, cada cual halla la base de todo mal en el hecho de que se encuentre en el timón del gobierno el partido contrario en lugar de encontrarse él mismo. Hasta los políticos revolucionarios y radicales buscan la raíz del mal, no en la naturaleza del Estado, sino en una determinada forma del Estado, en cuyo lugar quieren poner otra forma estatal".

Y en otro pasaje del mismo artículo se lee:

"Pues ese desgarramiento, esa bajeza, esa esclavitud de la sociedad burguesa es el fundamento natural en que descansa el Estado moderno, como la esclavitud era el fundamento natural de la sociedad burguesa en que descansaba el Estado antiguo. La existencia del Estado y la existencia de la esclavitud son inseparables. El Estado antiguo y la esclavitud antigua—manifiestas oposiciones clasistas—no estaban más intimamente soldadas que el Estado moderno y el mundo del filestefismo—oposiciones cristianas aparentes"

De todo el artículo se desprende claramente la fuerte influencia de Proudhon, cuyo escrito *Qu'est-ce que la propieté ou recherches sur le principe du droit et du gouvernement"* causó, como se sabe, una poderosa impresión en Marx, que ciertamente no fué persistente. Pero también más tarde, cuando Marx se apropió más y más los métodos prácticos y los principios de los bavouvistas o blanquistas, tuvo siempre presente la superación del Estado como objetivo de la revolución social. En ese sentido se lee también en el *"Manifiesto comunista"*:

"Si en el curso de la evolución han desaparecido las diferencias de clase y la producción se ha concentrado en manos de los individuos asociados, el poder público pierde su carácter político. El poder político en el verdadero sentido de la palabra es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Cuando el proletariado en lucha contra la burguesía es asocia necesariamente como clase, se hace clase dominante por medio de una revolución, y como clase dominante suprime violentamente las viejas condiciones de la producción, suprime con esas condiciones de producción las condiciones de existencia de las divergencias de clase, suprime las clases en general y de ese modo su propia dominación como clase. — En lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y sus divergencias de clase, se establece una asociación en donde el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición para el libre desenvolvimiento de todos".

Hasta en aquel libelo lleno de odio, *L'Aliance de la Démocratic Socialiste et l'Association Internationalé des Travailleurs*, que redactó Marx junto con Engels y Lassalle contra Bakunin y el ala libertaria de la Internacional, se repiten las palabras que están ya contenidas en la famosa circular privada del consejo general, *Les pretendues scissions dans l'Internationale*:

"Todos los socialistas comprenden por anarquía esto: una vez conseguido el objetivo del movimiento proletario, la abolición de las clases, desaparece el poder del Estado, que sirve para mantener la gran mayoría productora bajo el yugo de una minoría poco numerosa, y las funciones gubernativas se transforman en simples funciones administrativas".

El fin que tenía presente Marx era indudablemente la extirpación del Estado de la vida de la sociedad. En este concepto abrigaba completamente pensamientos anarquistas. Sólo en el modo como quería lograr ese fin se diferenciaba fundamentalmente de Bakunin y de las Federaciones de ideas libertarias de la Internacional. Bakunin y sus amigos defendían el punto de vista de que una revolución social debe suprimir junto con las instituciones de la explotación económica de las masas el aparato político del poder del Estado, para que la nueva vida social pudiera desarrollarse sin obstáculos. Cómo se imaginaban ese proceso, puede verse claramente en los discursos pronunciados por Hins y Pindy en el congreso de Basilea de 1869, en los cuales halló una clara expresión el llamado pensamiento de los consejos (soviets). Los elementos libertarios de la Internacional eran de opinión que una nueva vida económica basada en el socialismo no se puede realizar dentro de las viejas formas políticas, sino que debe crearse una nueva forma del organismo económico como la condición previa de su libre desenvolvimiento.

Pero Marx quería utilizar el aparato estatal como medio para realizar prácticamente el socialismo y abolir las contradicciones de clase en la sociedad. Tan sólo después de haber desaparecido las clases debía seguirles el aparato del Estado y hacer plaza a la administración de las cosas.

La dictadura sobre el proletariado—

Hoy sabemos quien tenía razón en esa lucha, pues por el experimento práctico de los bolchevistas en Rusia ha sido resuelto el problema de una vez por todas. También Lenin hablaba de la superación del Estado. En su conocido escrito *El Estado y la Revolución* ha reunido hábilmente todas las opiniones de Marx y Engels que arrojan una luz sobre su concepción del Estado y ha señalado de antemano exactamente las etapas que, según su opinión, debía seguir la revolución. Pero la realidad viviente se demostró también en este caso más fuerte que las sutilidades ideológicas del jefe y teórico bolchevista. Al tomar en sus manos el partido bolchevista el aparato estatal fué cogido él mismo por la fuerza arrolladora de su mecanismo cuyas leyes internas no se pueden cambiar arbitrariamente. Sofocó todas las energías creadoras de la nación en la muerta uniformidad de los cartabones estatales, y el supuesto aparato de emancipación fué en sus manos sólo un instrumento para la opresión que inflingió al pueblo las mismas heridas que el knut anterior del régimen zarista

En lugar de abolir las clases y las divergencias de clase, creó el nuevo Estado una nueva casta con los adeptos del partido bolchevista y desarrolló continuamente nuevas oposiciones entre él y las masas laboriosas a quienes quería supuestamente beneficiar. — Y como se amontonó sin cesar nuevos obstáculos en el camino, creyó poderlos apartar con el terror, hasta que finalmente debió recurrir a la implantación del capitalismo.

La dictadura del proletariado, que en verdad no ha sido más que la dictadura *sobre* el proletariado y que primeramente sólo era sostenida como un medio provisorio, hasta que fueran abatidos los poderes de la contrarevolución, se desencadena hoy más contra los defensores de cualquier otra opinión socialista que en los días en que los Judenischt, los Denikin y los Wrangel dirigían sus ejércitos reaccionarios contra la Rusia de los soviets. La frase de Proudhon, según la cual todo gobierno llamado provisorio tiene siempre la intención de hacerse permanente, se ha comprobado en la Rusia bolchevista, donde el socialismo ha sido hace tiempo abandonado y no se persigue más que un fin, el mantenimiento a todo precio de la dominación de un determinado partido sobre las vastas masas del pueblo. El experimento ruso ha demostrado claramente que el socialismo no puede ser realizado dentro del viejo sistema estatal, que deben crearse más bien nuevos órganos políticos para que sea posible implantarlo en la vida. Es seguramente la parte más trágica del ensayo el que haya tenido que comprarse esa lección con tanta sangre y lágrimas y frustradas esperanzas.

RUDOLF ROCKER

(Continuará)

PRIMERA EXPOSICION COMUNAL DE ARTES INDUSTRIALES

Aunque nos motejen de atrabiliarios, incurriremos en la insolencia de pedir explicaciones a los ediles, marmoleros, velocipedistas, bomberos, bordadoras, pirograbadores, fotógrafos y zapateros, — quienes contribuyeron a realizar el presente certámen, — preguntándoles qué entienden por arte y artistas... industriales, no siendo, éstos, a veces, más que caballeros de industria.

Ciertamente, esta pregunta no les parecerá agradable ni cortés. Pero si las comisiones organizadoras se hubiesen limitado a bautizar a los concurrentes, artesanos, obreros manuales o intelectuales, tal vez no habríamos llegado a tales extremos de adjetivación, que, aún parcial, no deja de ser razonable y justiciera. Aborrecemos el agua tibia del eufemismo y preferimos la franqueza cuando no colinda, confundiéndose, con la grosería.

Justiciero era el denuesto provocado por sincera indignación, porque se pretendió mistificar al público recomendándole "el buen gusto y el chic" de los expositores, no invertido, por cierto, en los productos expuestos. Y el lugar adecuado a ellos, sería quizás la relegación en bloque al museo del Mal Gusto, que existe en Berlín. Allí se encontrarían tan bien como peces en el agua. Y armonizarían, entre todas las aberraciones, que son muestras más genuinas: la del cuadro, la de la escultura, fabricados con paciencia china y con miga de pan, papel mascado, corcho, cabellos y todas las materias más ingratas que busca el hombre para envilecer la belleza, ofendiendo sus cinco sentidos. Con la minuciosa y la microscópica pasión de todo alemán, un buen señor, para crear ese museo, seleccionó todos los contrasentidos y las fealdades grotescas, engendradas por mentes diformes para que sirvieron como término de contraposición a quienes, aquejados de sordera artística, nacieron sin el menor don de discernimiento estético. A los ediles, a los Zacagnini, a los Collivadino, a los Ripamonte, De La Cárcova, los eternos miembros del eterno jurado de las sempiternas exposiciones, les habría hecho mucho provecho darse una vueltecita por esa pinacoteca a fin de adquirir unos kilos de cordura estética y de buen sentido artístico.

Torneos de vanidad estos certámenes

JOSÉ THENEE — "Hierro forjado", Motivo decorativo

pomposos, pretextos para despilfarrar el dinero en protecciones a los protegidos de siempre, evidencian el bajo nivel de cultura en que se hallan los industriales, los obreros, el público y también la mayoría de los artistas. Por lo pronto, los establecimientos que producen objetos tendiendo a auparse a las regiones del arte, están completamente divorciados de la fantasía y de la inventiva de ese mismo mundo. Son dos mundos que se repelen. Hostiles, porque los industriales piensan que la masa posee gustos chabacanos y vulgares, mientras los artistas se complacen en expresiones excepcionales y refinadas.

La verdad: la masa amorfa no posee gustos determinados; sigue solamente la moda. En cambio, las industrias europeas buscan la colaboración de decoradores famosos y se asesoran de los mejores artistas de su país. Aquí, no existiendo un volumen de actividades industriales bastante extenso, ni habiendo tampoco un plantel de pintores y escultores que se adapten a realizar en cierto modo una labor utilitaria, queda de hecho descartada la posibilidad de esa colaboración.

Al entrar al Pabellón de las Rosas y al visitar sus salas, creemos hallarnos en un negocio de compra y venta o una tienda de antigüedades. El facsímil impera con soberanía indiscutible en todas las ramas industriales. Se imita el estilo calchaquí, japonés, chino, colonial, incáico, mudéjar, el renacimiento, el barroco... Es la Babel de los estilos, donde nadie se comprende ni sabe lo que quiere expresar. Es la confusión de todas las lenguas del orbe, pero mistificadas por una jerga incomprensible. Cada uno tiene un caló artístico especial. La peste epidémica la constituyen los fotógrafos, las labores de bordado, las tallas insulsas, los platos repujados, pirograbados, calados, y las pantallas surtidas. ¡Qué horror se experimenta al saber que nos pueden condenar a vivir en ese bazar de bibelots cursis, de abanicos ñoños y biombos rococó! Preferimos el infierno a ese purgatorio de un gusto advenedizo de burgueses adinerados. ¡Hasta el limbo sería un lugar de delicias inefables para nuestra sensibilidad! Decididamente, no se posee la menor idea de la decoración ni del ornato y de los fines que debe desempeñar.

La labor de los jurados ha sido ciega y obtusa. Se aceptó todo en bloque. No hubo selección y se prefirió la cantidad. Hacer número. Deslumbrar con la abundancia de las muestras. Y el resultado está a la vista de todos. Es decir, de todos aquellos que ven y comprenden... Hay que apresurarse a manifestar que ni Zacagnini, ni Gallo son opiniones cotizables en cuestiones de arte. Hay que decirles: politiquero, vete... a tu albañal político.

Es que siendo este un país contradictorio y pintoresco, los cirujanos hacen pintura, los poetas dictan cátedras de química y agronomía y los pintores de liso son miembros de la Comisión de Bellas Artes.

Existen quienes creen buenamente que les alcanza y sobra con poseer solamente el oficio para que puedan dedicarse a las artes aplicadas y obtener en ellas éxitos halagüeños. Como en todas las manifestaciones artísticas la técnica es un medio y no un fin. Los 'practicantes", los "mestierantes", son los que pretenden hacer recamos con el hierro forjado, o arabescos acaramelados con la talla en madera. No tienen en cuenta la materia que labran y no la conocen bien, desvirtuando así el estilo característico que la distingue, enalteciéndola y valorizándola. Muchos baten el hierro para hacerle alcanzar la inútil imitación de una hoja, de una flor, no comprendiendo que el hierro, por su rudeza, su pesadez, se debe tratarlo ruda y sintéticamente. Nada de limaje ni de tijera, sino bloques de donde florecerá el objeto rudo, viéndose el trabajo enérgico y seguro del martillo y del cortafierro.

En las tallas sucede lo mismo. Quieren hacerle dar a la materia lo que le es extraño a ella, y abrigan el propósito ridículo de hacer filigranas y tejidos de ñandutí. Ya el escultor Wildt narraba cómo un marmolero, en las canteras de Carrara, con gran paciencia y mucho ingenio, convirtió un bloque de mármol en una jaula con su pájaro adentro. Esto nos recuerda las labores de los presidiarios, que transcurren un año para colocar en el interior de una botella un barco a vela. El espíritu que informa todos los productos de la industria argentina es idéntico al de los encarcelados. Trabajan para no aburrirse para entretenerse, por vanidad o plata, sin el menor concepto de la decoración ni la más leve idea del modelado del objeto, concordando con las leyes de utilidad y con el elemento decorativo: en una palabra, no poseen la más remota noción de un todo orgánico, que en fin de cuentas constituye la obra de arte industrial o la que sea.

Uno de los ejemplos más elocuentes de esta desorientación estética de casi todos los concurrentes, es la exposición de hierros forjados de don José Thénee. No sabemos qué distinción hacer de los hierros estampados, vendidos en las ferreterías, de los salidos de su forja. Por el aspecto técnico serán perfectos, verdadera labor de virtuosos, pero mirado con criterio artístico, ese hierro perdió su cualidad primitiva y puede ser latón, cartón pisado, caucho, o gelatina de confitería. Hay que labrar la materia sin que desmedre ni desaparezca su carácter; de la materia siempre irrumpe el estilo, salvaje, rudo o delicado, que le es peculiar, y no viceversa. La poesía, el mayor encanto de la forja antigua, estribaba en que su producción, sus objetos, obedecían a leyes extrictas de necesidad, no urdiendo el arabesco por el arabesco, ni el ornato por sí mismo, sino guiados por el deseo de embellecer ingenuamente los enseres de utilidad diaria. Y de la materia tosca — porque no había otra más dúctil y maleable — surgía el estilo como buenamente

A. GRAMAJO GUTIERREZ — "El Norte Argentino"

podían realizarlo y se lo permitía la tosquedad del hierro. ¿Qué diríamos de un pintor moderno que copiara a Giotto y tuviera la triste pretensión de que otros percibiesen el espíritu grave, candoroso, del pintor primitivo? El mismo caso reza para el arte industrial de la forja o de otra de sus ramas. Ellas calcan servilmente el antiguo, no inclinándose a los imperativos de una perentoria necesidad, sino ante los caprichos de lujo y el gusto estético de una clase privilegiada y tilinga, que al querer revivir el pasado acepta lo falsificado por original. Lo que antaño era un objeto últil de uso cotidiano, se ha convertido ogaño en artículo de adorno, en una de las tantas superfluidades con las que cierta gente se complica la vida. Es el arte para una determinada clase, no el arte colectivo o universal, practicado inconscientemente por nuestros abuelos. Hacen chic con la poesía ruda y silvestre de los Vulcanos del medio evo, y sudan y se afanan para surtir de cachivaches los bazares del futuro. No saben que permanecer fieles a los estilos tradicionales no es reproducir más o menos bien ciertos modelos antiguos de los museos, sino desarrollar aquellos elementos técnicos y artísticos susceptibles de progreso.

Hemos abundado tanto en razones en torno de la misma idea, porque deseábamos establecer los límites que abarcan las artes industriales y las finalidades a que deberían aspirar.

Pasaremos ahora a los vitraux, a los vidrios pintados y cocidos. No existe un vitrolero que no haga alarde de lo que ignora, ni sabe.

Nos referimos a ese don de armonizar las masas plásticas y los colores, que es la ciencia de componer. Todos emprenden complicadas composiciones con sus correspondientes anécdotas, figuras, paisajes, y el inevitable pastiche desvaído, frío o chillón, es el resultado de su labor. Acostumbrados a las faenas comerciales, al verse impelidos a realizar algo extraordinario recurren a su fantasía que no responde, a la inventiva, que tampoco responde, y, entonces, se toma de aquí, de allá, en cualquier parte, con deseos de deslumbrar. El conjunto de estos elementos híbridos, tanto servirá para un mosaico como para un cuadro de caballete o de bazar. En vez de tomar un sencillo motivo decorativo, un racimo de uvas, frutas, flores, y valorizarlas disponiéndolas armoniosamente, quieren hacer también virtuosismo, yéndose de bruces en mal oficio. Tampoco en este ramo se conoce la materia; — esta materia tan ingrata, tan noble, en que los colores adquieren la pristinidad de la flor, el coruscar de la joya y la transparencia glauca y policroma de la gota de rocío. Un artista como Gauguin encendería, en esos vitraux cocidos, todas las llamaradas del arco iris, y volcaría la fauna y la flora, convirtiéndolas en poderosos elementos para sus armonías severas y sordas. El gusto afectado y banal de la burguesía, las tendencias eminentemente comerciales de los establecimientos dedicados al ramo, hacen imposible la eclosión de cualquier conato de arte y del artista que deseara llevarlo a cabo. Las demás secciones cojean del mismo pié. La fisonomía de esta exposición es la de no poseer ninguna. Muebles, juguetes, mayólicas, mosaicos, tallas, cerámicas, papeles pintados, son de una mediocridad desoladora. La "Nordiska" descuella en ese grácil chiche helado y de una pureza de témpano de hielo. La idea de que alguien nos recluya en ese dormitorio y ese comedor de cortinas rosa, nos hace tiritar. ¡Cuántas energías desperdigadas, tiempo y madera, para complacer a los adinerados, quienes sólo apreciarán el objeto adquirido por lo que les cuesta!

De esta catástrofe, de esta vorágine en la cual sucumben todos los valores artísticos e industriales, se salvan dos o tres artistas aislados: Pettorutti, Gavazzo Buchardo y Gramajo Gutiérrez.

Pettorutti, con sus acuarelas, sus mosaicos de suntuosa riqueza decorativa, y sus cartones pintados, proyectos para mosaicos, — ya expuestos en su muestra personal — nos induce a creer que los diletantes en las artes aplicadas se hallan fuera de lugar. Es una lección estética para los del ramo, que por cierto no aprovecharán.

Gavazzo Buchardo quizás sea quien posee en el más alto grado el sentido decorativo en el orden ornamental. También su sala, por la sobriedad de la armonización de los tonos y la elegancia de sus paneles estilizados, así como por la extrema simplicidad del alhajado, es una admonición para muchos muebleros y anexos.

Riganelli, Rovatti, con sus tallas, desvirtúan un poco la materia por el procedimiento empleado y la excesiva ornamentación, a veces incongruente. Riganelli especialmente sobrepasa los límites, cayendo en un preciosismo arrítmico en que el arabesco se devora a sí mismo. Y

AGUSTIN RIGANELLI — "Madera policromada"

a esos platos policromados, esos jarrones idem, tanto les valdría ser de yeso o papel mascado, porque nadie adivinaría que fuese madera si no lo escribe en un cartelito ad hoc. La técnica, la excesiva herramienta y su minuciosidad, mataron en esos objetos el carácter viril del árbol al cual primitivamente pertenecieron.

Rovatti peca de esos excesos, tanto, que una niña gótica, de labios pintados y descote generoso, ante uno de sus Cristos dorados y alisados con piedra pómez, dijo:

—¡Qué elegante es ese Jesús Nazareno!

Hay quien se cree místico, y a los ojos de los demás resulta elegante, coqueto, en una palabra, frívolo. Desean hacer llorar, y apenas si provocan la sonrisa excéptica y el gesto displicente. Quieren infundir la fé, y engendran el desconcierto.

En resumen, esta exposición nos ha convencido de lo que ya antes barruntábamos: que aquí no existe ni arte industrial ni del otro, y, lo peor, sin ganas de tenerlo, dado que nadie estudia, se informa, se aplica con esfuerzo constante e inteligente, para sobresalir de la chatura dominante.

Otra de las cosas que nos ha chocado es que no hubo siquiera alguna manifestación demostrando preocuparse por el obrero, el empleado, las clases humildes, poniendo al alcance de sus modestos bolsillos objetos de materia rústica concebidos con cierto criterio estético. Todo se proyectó para una sola clase, con la exclusión de todas las demás. Tampoco en esto estuvieron muy felices los organizadores.

Pero si no se puede pedir peras al olmo, ¿cómo exigiremos que esta gente, de golpe y porrazo sea lo que no es? Sería pretender que un imbécil se volviese de un momento a otro luminosamente inteligente. Hemos dicho esto sin ánimo de ofender a nadie.

At.

¿Para qué sirve la crítica?

¿Para qué? He ahí el terrible punto de interrogación que asalta la crítica desde el primer paso que quiere dar en su primer capítulo.

El artista reprocha, de entrada, a la crítica de no poder enseñar nada al burgués, que no quiere pintar ni mirar — ni al arte, puesto que es de sus entrañas que la crítica ha salido.

Y, sin embargo, ¡cuántos artistas de estos tiempos deben solamente a ella su pobre fama! Quizá esto sea el verdadero reproche que puede hacérsele.

Habéis visto un dibujo de Gavarni presentando a un pintor inclinado sobre su tela; detrás de él un señor grave, seco, tieso y de corbata blanca, con su última crónica en la mano. "Si el arte es noble, la crítica es santa". — ¿Quién dice esto? — "¡La crítica!" Si el artista representa tan fácilmente el papel interesante se debe a que el crítico es, sin duda, un crítico como hay tantos.

En materia de medios y procedimientos sacados de las obras (1), el público y el artista no tienen nada que aprender aquí.

Creo sinceramente que la mejor crítica es aquella que es entretenida y poética; no la fría y algebráica, que, so pretexto de explicar todo, no tiene ni odio ni amor, y se despoja voluntariamente de toda suerte del temperamento; si no — siendo un buen cuadro la naturaleza meditada por un artista — aquella crítica que sea este cuadro meditado por un espíritu inteligente y sensible. Así, el mejor relato de un cuadro podría ser un soneto o una elegía.

Pero este género de crítica está destinado a las colecciones de poesías y a los lectores poéticos. En cuanto a la crítica propiamente dicha, espero que los filósofos comprenderán lo que voy a decir: para ser justa, es decir, para tener su razón de ser, la crítica debe ser parcial, apasionada, política, es decir, hecha desde un punto de vista exclusivo, pero desde un punto de vista que abra los mayores horizontes; y mejor aun si antes de ser críticos se han hecho conocimientos técnicos.

Exaltar la línea en detrimento del color, o el color a expensas de la línea, es sin duda, un punto de vista; pero no es ni muy amplio ni muy justo, y eso acusa gran ignorancia de los destinos particulares y un valor literario muy superficial.

Ignoráis en qué proporción la naturaleza ha mezclado, en cada espíritu, el gusto de la línea y el gusto del color, y por qué misteriosos procedimientos opera esta fusión, cuyo resultado es un cuadro.

Así, pues, un punto de vista más amplio será el individualismo bien entendido: pedir al artista la sencillez y la expresión sincera de su temperamento, ayudado de todos los medios que le ofrece su oficio.

Quien no tiene temperamento no es digno de hacer cuadros, y estamos cansados de los imitadores y, sobre todo, de los eclécticos; debe entrar como obrero al servicio de un pintor dotado de temperamento.

En adelante, el crítico, munido de un criterio cierto, sacado de la naturaleza, debe cumplir su deber con pasión; pues por el hecho de ser crítico no se es menos hombre, y la pasión acerca a los temperamentos análogos y eleva la razón a nuevas alturas.

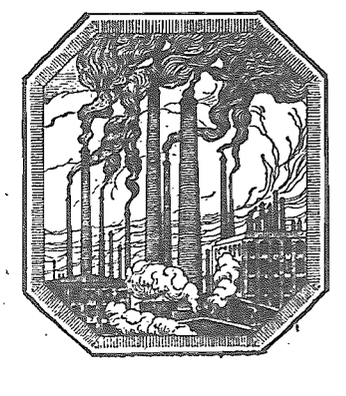
Stendhal ha dicho en alguna parte: "¡La pintura no es sino moral construída!" Entended esta palabra de moral en un sentido más o menos liberal, y se podrá decir otro tanto de todas las artes. Como se trata siempre de lo bello expresado por el sentimiento, la pasión y la meditación de cada uno, es decir, la variedad en la unidad, o las faces diversas de lo absoluto, la crítica toca a cada momento los límites de la metafísica.

Cada siglo, cada pueblo, han poseído la expresión de su belleza y de su moral —si se quiere entender por romanticismo la expresión más reciente y más moderna de la belleza —; el gran artista será, pues — para el crítico razonable y apasionado —, aquel que unirá a la condición exigida más arriba, la sencillez — la mayor suma de romanticismo posible.

CHARLES BAUDELAIRE.

París, 1846.

(1) *Sé que la crítica actual tiene otras pretensiones; así, recomendará siempre el dibujo a los coloristas y el color a los dibujantes. Lo cual es de un gusto muy razonable y sublime.*



ALVARO YUNQUE

EL PATO CIEGO

JOSEFINA es una desmedrada indiecilla de once años. Fea, su fealdad no inspira lástima; su debilidad no la atrae compasiones. Sus ojos gachos y turbios, la madeja de sus cabellos enmarañados y la amarillenta color de su piel, la hacen repulsiva. Su hurañez concluye por alejarla de todos, y todos se allegan sólo para golpearla. Tímida, no protesta; llora en silencio; su llanto no escandaliza, y la pobre ni esa postrer arma posee. Cuando la zurran, escóndese para llorar, como si a quien le pegó quisiese ahorrarle el espectáculo de sus lágrimas.

Está de criada en casa de los señores Ramello; la señora la golpea, el señor la grita, la cocinera la estruja. Mansamente, Josefina soporta todo de aquellos tres seres agrios y viejos que no comprenden su tímida dulzura ni su niñez amedrentada.

* * *

Mas la indiecilla tenía un amigo. Era un pato a quien el señor Ramello le sacara los ojos, pues pensaba convertirlo en "paté de foie gras". Josefina amaba al pobre pato ciego, un pato gordo que no se podía mover casi, y a quien hubo que sacar del gallinero para que no lo mataran a picotazos las demás aves. La chicuela vió en aquel pato, indefenso como ella, un camarada: unísalos la desventura propia y la injusticia ajena.

Cuando los señores salían, cuando la cocinera quedábase dormitando junto al fogón, ella corría al fondo, a hablar con el pobre pato ciego. Llevábale migajas y, poquito a poco mientras se las ponía en el ancho pico, lo hablaba dulcemente, con todo el cariño inmenso que escondía en sus entrañas:

—Patito, patito mío, patito ciego; patito, patito. ¿Te gusta, eh? ¿Te gusta, patito?

—¡Cuá, cuá!... — hacía el pato y tragaba.

—¡Ah! ¿me das las gracias?, ¿gracias me dices, patito, patito gordo? Toma, come; come más, come...

—¡Cuá, cuá! — hacía el pato, y tragaba.

Luego que el pato había comido, acariciábalo sin dejar de hablarle:

—Pobre patito, patito, pato querido, ¿dices cuá, cuá?, ¿dices que me quieres, cuá, cuá?

—¡Cuá, cuá... — respondíale el pato.

Ella reía y continuaba:

—¡Ja, ja, ja,!, cuá, cuá, patito ciego; ¿te han quitado los ojos, patito? ¡Pobre pato! Quieren que engordes, pato mío; te quieren comer, patito. No engordes, pato, no engordes.

—¡Cuá, cuá!... — afectuosamente parecía responder el pato que se dejaba acariciar.

A veces interrumpía el idilio la áspera voz de la señora o el chillido de la cocinera que la llamaban:

—¡Josefina! ¿Eh, dónde te has metido, india bribona?

Josefina entonces, rápidamente, daba un fuerte beso en la cabeza del pato y salía corriendo, corriendo y gritando:

—¡Aquí estoy, aquí estoy!...

Eran Leda y el Cisne mitológicos; pero la Leda estaba reducida a una fea chinita y el Cisne a un gordo y sucio pato.

Varios meses duró el idilio; pero una noche, mientras comía, entró la señora a hablar con la cocinera; dijo:

—Mañana va a matar el pato, ya está bastante gordo; ¿no le parece?

—Sí, señora; está demasiado gordo y se puede morir si no lo matamos.

—Recoja la sangre.

—Está bien, señora.

Se fué el ama, y Josefina no pudo tragar un bocado más. Se le había hecho un nudo en la garganta, otro nudo en el estómago; faltábanle las fuerzas, parecíale que iba a desmayarse. No pudo ni llorar. Terminada la comida, como era verano, púsose al fresco. Le ardía la cabeza, las manos le temblaban. Hacía dos años que muriera su madre, ella había llorado mucho; pero sin sentir lo que sentía ahora, esa desgana mortal, esa desazón que ni llorar permitíale.

¡Le mataban su amigo, su pobre pato ciego! ¿A quién iba a querer ella? ¿Al gallo? ¡No! el gallo picaba. ¿A las gallinas? ¡Eran tan esquivas! ¿A los pollitos? ¡Su madre era tan brava!... ¡No, ella no quería a nadie más! Muerto su pobre pato, ya a nadie más tendría de amigo, ya con nadie más podría charlar, ya no podría besar a nadie más, ¡a nadie!...

¡Ah, Josefina sintióse desdichada, enormente desdichada; hubiera querido morir ella en vez del pobre pato ciego! ¿Cómo salvarlo? ¿Se arrodillaría ante la señora pidiéndole que no matara al pato?

Inútil, bien conocía ella a la señora, ¡qué pellizcos no la daría! ¿Pediríale al señor? ¿Acaso el señor renunciaría a ese "paté de foie gras" con el que se saboreaba de antemano, por no amargarla a ella?

Josefina se resignó a que su pato, su pobre amigo ciego, muriera. Ya resignada, lloró: lloró con un llanto apacible que la consolaba: lloró sin gemir, sin gritos, larga y silenciosamente...

De improviso tomó una resolución: despedirse de su amigo, hablarlo, besarlo por última vez, y dirigióse al fondo.

Al oír su voz:

—¡Patito, patito ciego!

—¡Cuá, cuá... — respondióle el infeliz condenado a muerte. La chiquilla fué a él, lo besó ardientemente en el pico, en la cabeza, en los ojos mútilos y entretanto le hablaba:

—Querido patito, patito ciego, vas a morir; te matan mañana, patito; ya no me verás más, patito querido: yo no te daré más pan; te van a comer, patito mío, patito ciego...

Y lo besaba, lo besaba enloquecidamente.

—¡Cuá, cuá!...

—¿Qué dices, querido? ¿Sabes que vas a morir? ¿No lloras, patito?

¡Cuá, cuá, cuá, cuá!... — respondíale el pato.

Ella lo besaba, lo besaba sollozando...

De la calleja, a la cual daban los fondos de la casa, llegábanle las voces de unos chicos; jugaban:

—Pescador, pescador, ¿me dejará pasar?

—¡Pasará, pasará, pero el último se quedará!

Josefina reconoció en el que habló último la voz de Ruperto. ¡Tuvo una corazonada!

* * *

Ruperto era un muchachote de su edad, pero sano y hermoso. Era bueno. Josefina lo suponía porque una vez en la que dos muchachos la estaban pegando, Ruperto la había defendido. Se había golpeado con los otros hasta hacerlos huir; después dialogaron:

—¿Y no tenías miedo de esos? — preguntó ella admirada.

—¿Miedo yo? Papá dice que no debo tener miedo a nadie.

—¿Ni al diablo?

—¡Ni al diablo!

—¿Es bueno tu papá?

—Sí, y mamá también es muy buena.

—¿No te pegan nunca?

—¡Nunca! ¿No te digo que son muy buenos?

Desde esta vez, Josefina no volvió a hablar con su salvador; veíalo, jugando siempre con los chicos, gritón, fuerte; ¡y dábale un gusto verlo tan alegre y tan hermoso!

* * *

—Ruperto salvará a mi pato — pensó la atribulada criatura; — lo salvará como me salvó a mí.

Se asomó por una rendija del cercado:

—¡Ruperto, oye, Ruperto!

Acudió el muchacho.

—¿Eh, quién me llama? ¡Ah, Josefina! ¿Para qué me llamas? ¿Quieres jugar con nosotros?

—¡No! Te llamo para ofrecerte un pato. ¿Quieres un pato?

—¿Un pato? ¡Bueno!

—Espera.

Fué la chica y cogió el pato; tan gordo estaba que a duras penas pudo alzarle por encima del cercado.

—¡Toma!

Ruperto se subió a unas piedras, y estiró las manos:

—¡Adios, adios, patito, adios! — despedíalo la amante; — ¡adios, adios, patito ciego, adios! — y lo besaba interminablemente en el pico, en la cabeza, en los ojos... — ¡Te vas, te vas con Ruperto; Ruperto es bueno, patito: tiene papás buenos que no le pegan; adios, adios, patito, adios!

—¡Cuá, cuá, cuá!... —hacía el pato, como si se despidiera.

Ruperto lo cogió, y, balanceándose con su peso, echóse a la disparada.

* * *

¡Qué bien durmió Josefina aquella noche! ¡Qué sueño más descansado el suyo! ¡Cómo veía feliz a su patito en casa de Ruperto, junto a sus padres, a quienes ella no conocía; pero a los que veía buenos y sonrientes!

Interrumpió sus sueños la cocinera, a gritos:

—¡Bribona, haragana, durmiendo todavía, y se han robado el pato!

Levantóse de un brinco. Mientras se vestía, oyó los alaridos de la señora, enterada por la cocinera del robo; luego los rugidos del amo, furibundo. Josefina temblaba, los dientes se le golpeaban de terror: ¡si llegaban a descubrirla!... Pero los otros ni pensaron en ella. El señor se fué a la comisaría, la señora a chismorrear por el vecindario, la cocinera salió de averiguaciones, y Josefina quedó sola, pensando en el patito ciego que ella salvara de la muerte. ¡Y qué feliz se sentía! ¡Oh, si le parecía que el pecho iba a abrírsele, y el corazón iba a salir de él, saltando como una pelota

* * *

Hasta dos días después no vió a Ruperto. Ella iba a un mandado; lo halló en la calle, correteando con otros chicuelos. Se le acercó a preguntarle por su amigo:

—¿Y el pato, Ruperto?

—¿El pato? ¡Aquí está! — respondió el otro, y se golpeaba el estómago. —¡Aquí está!

Ella presintió lo horrible; pero quiso convencerse:

—¿Qué, qué, qué?

—¿Qué? ¡Que lo comimos!

—¿Lo comieron? — aun tuvo valor para preguntar, desolada, aturdida, como cuando la golpeaban en la cabeza.

—¡Y bien rico que estaba, bien rico y bien gordo! ¡Ja, ja, ja!...

Rieron los otros chicos también.

—¡Ja, ja, ja!... — Rieron sin saber por qué, por crueldad quizás de sus ojos espantados, del dolor que se traslucía por ellos...

Nada dijo la indiecilla; ¡estaba tan acostumbrada a sufrir, a soportarlo todo en silencio! Dióse vuelta y emprendió el camino de su casa. Sentía otra vez aquella desazón aplastante, aniquiladora, que sintió la noche en que supo que iban a matar a su pobre amigo.

¡Y ahora su amigo había muerto! No lo lloró Josefina, ya resignada a no verlo más; su desconsuelo era otro. Desconsolábala, sin ella saber que eso era precisamente, desconsolábala pensar que Ruperto era malo, que eran malos también los padres de Ruperto, malos como todos, como la señora, como el señor, como la cocinera, como los chicos de la calle, malos como todos los que ella conocía. Desconsolábala su engaño y, quizás también, pensar que, ¡infeliz!, debía vivir en un mundo de malos que comían a los pobres patos ciegos como su amigo y les pegaban a las chiquillas débiles como ella.

— ••• —

Anárquicas

El pensamiento anarquista involucra en su contenido moral, filosófico y social, la síntesis de la evolución ascendente del espíritu humano. En todos los tiempos y en todas las edades, los hombres sintieron en lo más íntimo de su naturaleza la necesidad de interpretar, comprender y explicarse todos aquellos fenómenos naturales que, por sus múltiples manifestaciones llegan a impresionar los sentidos que constituyen las facultades de su poderosa imaginación. Esta aptitud para interpretar y explicar el motivo y las causas generadoras de los fenómenos y sus manifestaciones en la vida de la naturaleza y de las sociedades humanas, ha hecho que los hombres, en la medida de sus conocimientos de las cosas, traten de organizar la vida social y establecer condiciones de convivencia que favorezcan el desarrollo de la vida del individuo y de la especie. La anarquía tiende a ello. De ahí que ella encarne y exprese el espíritu que al través de la historia de la civilización humana animó siempre a las generaciones que nos precedieron en el curso de la vida. Esta aptitud, este deseo, esta inquietud por alcanzar un mayor grado de bienestar y de civilización en provecho de la especie humana no puede ser impedido ni extirpado del espíritu y del corazón humano, porque no hay, no hubo ni habrá nada ni nadie capaz de torcer, anular o aniquilar los mas apreciados atributos que por ley irrevocable de la naturaleza distinguen al hombre de las bestias.

Las instituciones como los sistemas de convivencia social que no responden a los conocimientos y a las palpitaciones del espíritu que preocupan y aminoran la vida de los hombres, han perdido su razón de ser porque carecen del apoyo moral, y en consecuencia no satisfacen el sentimiento de justicia ni representan el concepto de la libertad que, en virtud de los nuevos conocimientos y de las experiencias adquiridas en el curso de la evolución humana, los hombres se ven precisados a modificar su opinión de las cosas y restablecer el equilibrio de su existencia de acuerdo con las conquistas del pensamiento humano. Las instituciones sociales que no responden a los ideales del porvenir que impulsan la vida de la humanidad, están condenadas a desaparecer por inútiles y perjudiciales a la vida social de los pueblos. — H.

Suscripción mensual
a LA PROTESTA, diario y al SUPLEMENTO, semanal
DOS PESOS

EL ESCRITOR Y EL ARTE SOCIAL

Conferencia pronunciada el 4 de abril de 1896 en París

(Conclusión)

Así sucede con la teoría del arte por el arte. ¿Por quién fué formulada? Por pequeños románticos y parnasianos. Nació después de 1830, después que la clase rica triunfante destruyó el viejo decoro sentimentalista del liberalismo, tras el cual había abrigado sus codicias. Se opuso al humanitarismo vago, — caricatura del vasto humanitarismo de los Fourier de los Saint-Simon, de los Pierre Leroux, — y al sentimentalismo elegíaco y piadoso que persistió en las letras bajo Luis Felipe y que defendían por hábito hipócrita los burgueses de la monarquía de julio.

El arte debe bastarse a sí mismo, decían los románticos, no tiene otro fin que él mismo; no tiene nada que ver con la moral, ni con la educación, ni con la utilidad. Esa concepción parecía oponerse en apariencia a la concepción burguesa, y los románticos que la profesaban parecían o se creían teóricos muy atrevidos, y hasta quizás rebeldes. En el fondo su concepción contradecía simplemente la falsa sentimentalidad de los burgueses de ese tiempo, pero armonizaba plenamente con los principios que guiaban a la burguesía. El individualismo o más bien el egotismo burgués florecía, el egotismo artístico respondía a él. "Enriquecos", decía Guizot. "El goce me parece el fin de la vida", escribía Gautier. Ese truculento joven franco, este feroz enemigo de Joseph Prudomme, es en literatura un burgués típico. Tiene del arte la concepción que los burgueses tienen de la vida. Se sirve del arte para satisfacer sus gustos, lo mismo que el tendero enriquecido se sirve de su capital. Se recrea él mismo, quiere que su placer sea solitario, y los ricos también tienden a que sus placeres sean reservados. El ejemplo de Gautier es excelente; este hombre representa perfectamente al artista producido por el capitalismo victorioso. Yo no sé si hubo jamás espíritu más estrecho, más cerrado a toda preocupación que no fuera la de su satisfacción personal. Este terrible sujeto hubiérase asombrado si se le hubiera dicho que representaba en las letras el mismo principio de Guizot en la política; hubiese respondido que se aislaba del público y de las multitudes, que llevaba la existencia del poeta retirado en su torre de marfil y alegrando su hastío con la flauta. En verdad, él y los hombres de su escuela escribieron para el burgués, y si no para el burgués de 1830, que tenía aún prejuicios, para el burgués de 1848 y del imperio, que los abandonó sin escrúpulos. Estos epígonos del romanticismo, los parnasianos que les sucedieron, hicieron la literatura que convenía a la burguesía advenediza, pero aun bastante inteligente para desear divertidores inteligentes. La literatura del imperio fué la literatura de una clase. Esa clase pretendía — y lo pretende aún — disfrutar sola del arte, del arte que se alimenta de toda la labor de los siglos, del arte que no es posible más que por la civilización, que es la obra de todos, de los millares de seres que han muerto conquistando para sus descendientes una partícula de belleza que se añade al tesoro común.

Al lado de esas figuras menores, al lado de los Gautier y de los Bainville, al lado de muchos otros, aparecieron nobles espíritus en ese siglo que soñaron también en el aislamiento del artista, proclamaron la necesidad de huir de su tiempo, de quedar extraños a sus preocupaciones. Y sin embargo el arte de éstos no fué solamente el arte por el arte, fué un arte de pesimistas, el arte de un Flaubert, el arte de un Vigny. Gran arte, sin embargo, arte humano, que simbolizó la inquietud y la turbación del hombre ante el cambio y el porvenir.

¿Qué faltó a esos hombres para ser genios conductores de almas? Les faltó el adaptarse a su tiempo. Hay escritores a quienes su época no da todo lo que su espíritu reclama. No hay más que dos caminos para tales hombres, pero no depende de ellos el escogerlos. Los unos completan la imperfecta sociedad actual elaborando los principios que servirán a la sociedad futura; los otros, menos propios para su medio, retroceden al pasado. Para ellos el arte se convierte en una ilusión que debe consolar la vida.

Este pesimismo de toda una parte de la literatura, pesimismo de un Vigny, de un Leconte de Lisle, de un Flaubert, de un Taine, proviene de una causa grave, proviene de la contradicción entre la ideología revolucionaria y la revolución económica. Los escritores de que hablo, no supieron separar la obra ideológica del siglo XVIII — obra que el siglo XIX ha proseguido y que el XX completará — de la transformación social que se opuso en un cierto sentido a esa ideología. Quisieron unir, atribuyéndoles una relación de causa a efecto, dos órdenes de fenómenos que deben conservar relativamente su independencia; no vieron la línea de los revolucionarios que se continuaba con Saint-Simon, con Fourier, con Pierre Leroux, con Cabet, con Proudhon. No comprendieron que la evolución económica comenzada el 89 se prosiguió lentamente; no se apercibieron tampoco sobre cuál culminación era el 89. Eso es lo que explica que un hombre como Taine fuese impotente para comprender y explicar la revolución francesa.

¿Se dirá ahora que el arte de los que acabo de citar fué un arte social? Fué social por una parte: por la simpatía profunda con que se lanzó en el pasado y nos lo hizo conocer. Ironía de las cosas: Flaubert se convirtió en un educador; nos enseña a querer lo que pasó y a asociarnos a él. Es la doctrina de ese arte la que fué antisocial, porque culminó en una cosa: la creación de la casta de los escritores.

En otro tiempo los escritores vivían en su medio, los no adaptados vivieron fuera de él. Para eso se elaboraron teorías. La teoría del panmuflismo y la teoría de la aristocracia intelectual que la completó. Por una parte se planteó como axioma que el número representaba la tontería, la mediocridad, la bajeza; por otra parte se olvidó voluntariamente todas las relaciones del artista, sea con su medio, sea con las generaciones pasadas, sea con las generaciones futuras. Se aisló el yo artístico, o más bien el yo inteligente. El elaborador más consciente de esa doctrina fué Renán. Para él la humanidad, su objetivo, era producir grandes hombres; la sociedad no había sido hecha para el individuo, para su bienestar y para su libertad, sino para la especie; lo importante, pues, era que esa especie se perfeccionara, y el número de los individuos que la componían era indiferente. También llegó Renán a concebir la "élite de los seres inteligentes, dueña de los más importantes secretos de la realidad, dominando el mundo por los poderosos medios de acción que estarían en su poder y haciendo reinar lo más posible en él la razón". Renán corrigió su sueño de aristócrata, siendo en realidad uno de los más terribles demoledores de su tiempo.

La obra no por eso dejó de ser realizada. Una casta de escribas ha sido creada, y el principal cuidado de esos escribas, cuidado de todas las clases determinadas, ha sido buscar o al menos reclamar privilegios. No se han limitado a declarar que los intelectuales superiores tenían derecho a dominar el rebaño: han llevado al extremo los principios de sus educadores. Aquellos habían aislado su yo; éstos lo deificaron, lo tomaron por fin; han concebido que no sólo su vida estaba hecha para embellecer ese yo, sino que el mundo no había sido creado más que para reflejarse en él. La filosofía del superhombre nació antes que Nietzsche la formulase; se mostró que todo debía culminar en el universo en la formación de un esteta, de un gozador. Fué la exageración de la *strugle for life*, su justificación, y se elaboró el dogma de que un superhombre era más útil que la masa de las gentes sin pensamiento, cuyo número está en razón inversa de su utilidad. Se olvidó de decir a quién y a qué era más útil el superhombre, y es evidente que no podía serlo más que a sí mismo.

¿Quiénes son los defensores de esas ideas? Son los doctrinarios del arte por el arte; son los egotistas místicos y de-

cadentes. Ellos también, como sus padres del parnaso y sus abuelos del romanticismo, se consideran rebeldes y hasta pudieron hacerlo creer. Su literatura de degenerados, de inadaptados ha sido considerada como una literatura de vanguardia, lo mismo que se consideró una filosofía de vanguardia a la filosofía de un Stirner y de un Nietzsche, que no es más que el reflejo metafísico de la doctrina burguesa de la libre concurrencia, de la lucha sin cuartel por la posesión del mayor bien y del máximo de goces.

Tenemos al capitalista dios, omnipotente, y frente a él tenemos al poeta rey. Y ese poeta rey tiene el encargo de divertir sin embargo a algunos de sus contemporáneos. Mientras que una parte de la burguesía encuentra su satisfacción en los cafés-concierto, y en aplaudir a Ivette; mientras que por otra parte se deleita en el sentimentalismo vago, en el erotismo o en la escatología de ciertos literatos, otra parte de esa burguesía, más refinada, más delicada, neurópata y corrompida, no se contenta ya con canciones parnasianas. Es para esos snobs y esos enfermos para quienes trabaja la raza de degenerados que celebran al artista ídolo.

Son, esos decadentes y esos pretendidos simbolistas, la podredumbre de la burguesía. Declaran, con Maeterlinck, que los "escritos de los místicos son los más puros diamantes del tesoro prodigioso de la humanidad". Para los tontos y los delirantes que les escuchan, dicen que lo que hay de más grande en el hombre es la demencia.

Han reaccionado contra el naturalismo, no porque el naturalismo fuese insuficiente, sino porque tenían horror a la vida. Su obra no ha dado un pensamiento nuevo, ha utilizado a guisa de ideas los viejos fondos de la metafísica clásica, la obscura metafísica de los alienados de la mística. Hablan a su clientela especial de un Ruysbroeck o de un Novalis, o de un Swedemborg; su inteligencia se satisface con las fantasías vagas de esos débiles de espíritu, de esos menoscabos de humanidad. Para comprenderlos, dicen, es preciso tener el candor de un niño, y la credulidad de una mujer, porque es para los simples, los imbéciles, los idotas de corazón, para quienes son los héroes humanos.

Tal es el ideal que nos presentan, después de un siglo de dominación y de potencia, los nietos agotados de la burguesía conquistadora. No se quejan más que en canciones de niños, y en sutilidades de neuróticos. Su arte consiste en evocar los terrores del hombre primitivo ante la naturaleza y sus fuerzas, su turbación y su miedo en presencia de la muerte; o aun en materializar las abstracciones más sencillas, en objetivarlas como hacen los salvajes, y sus héroes tienen el alma de los perros que ladran a la luna, el alma de los primitivos que temblaban cuando llegaba la noche.

Dejemos la decadencia en sus placeres, dejemos a esos enervados buscar flores extrañas para adornar el lecho en que agonizan, dejémosles mirar las formas vagas y fluentes que pasan ante sus sueños. No es así como debemos concebir el arte, nosotros que trabajamos para mañana. Para nosotros, la misión del escritor no es tocar la flauta en una torre contemplándose el ombligo; el artista no es ni un solitario ni un divertidor, y el arte debe ser social. Queremos decir con eso que el arte debe ser útil, o más bien tener por fin la representación de los objetos o de las cosas útiles. ¿El arte debe ser dialéctico? No, debe ser vivo. Tal es para nosotros la ley suprema del arte. El realismo había querido ser verdadero, pero fué incompleto. Quiso pintar individuos y pintarlos exactamente y no llegó más que al arte mediocre de un Daudet, al arte estrecho, sin comprensión y sin simpatía de un Goncourt. Si Zola, entre los naturalistas, fué superior a los otros, es que quiso dar la vida de los ambientes, la de las multitudes, y porque buscó sus directivas. Su error fué dejarse hipnotizar por el hecho brutal. Aisló dos series de fenómenos, de los cuales no se debe olvidar jamás la conexión, y, aún oponiéndose a los idealistas, cometió el mismo defecto.

¿Cuál fué el error de la reacción llamada idealista contra Zola y el naturalismo? Fué volver las espaldas a la vida, continuar la vieja teoría romántica, cuyo fondo es cristiano: la vida es abyecta, es preciso salir de la vida. Partiendo de ahí no se podía llegar más que al pantano místico-decadente.

El reproche que hubiera sido necesario al naturalismo era el de ser incompleto, el de no ver más que las funciones mismas, no sus causas, no sus efectos, no el no considerar como reales más que las funciones fisiológicas, y no las funciones psíquicas; y también el afear por placer lo feo, en lugar de mostrar las cosas reales bajo el aspecto de la perfección.

Para Feuillet, para la línea de los novelistas mundanos, el idealismo ha consistido en elegir sus héroes entre los príncipes y las duquesas; para la turba naturalista, el realismo consistió en tomarlos lo más bajo posible en la crápula. Era ante todo una cuestión de ambiente. Zola tuvo una hermosa palabra. La novela, dijo, debe ser una expresión social. Tenía razón, pero su temperamento de combativo, la necesidad en que se encontró de reaccionar, lo llevó a considerar la novela como una expresión crítica, y por consiguiente restringida. Su obra fué sin embargo una reacción necesaria. Libros, poderosos y vivos, como *L'Assomoir*, como *Germinal*, indican preocupaciones superiores a las que movían a Flaubert, por ejemplo, al escribir *Madame Bovary*. Después, libros como *Lourdes* y como *Rome* testimonían una evolución, sobre la que hablaré otro día tratando de explicar las razones de la parcialidad, por consiguiente de la injusticia, de algunos de entre nosotros para la obra de Zola, de que no hemos visto más que un aspecto. Sea lo que quiera, la falta del naturalismo ha sido la preocupación exclusiva por lo verdadero formal y material, la preocupación por las formas inferiores de la vida en detrimento de las otras formas No hay formas inferiores de la vida, responden a eso los naturalistas. Eso es quizás verdad, pero hay formas más interesantes que otras. Es más interesante ver funcionar un cerebro que un tubo digestivo. ¿Por qué? Porque la función es más compleja. No se debe olvidar, sin embargo, que sin un tubo que digiera, no hay cerebro que piense.

¿Cuál será la misión del arte social si no debe ser ni realista ni ideal-místico? No deberá contentarse con fotografiar ambientes, o mostrarlos viviendo una vida animal; deberá desprender de ellos las ideas que contienen, las que florecen hoy y las que se abrirán más tarde. Deberá representar, no seres estables, cuajados en una actitud elegida, sino seres en evolución. Deberá recordarse que todo individuo, todo grupo, no representa más que a sí mismo; no es solo un fin, sino un comienzo; no sólo el término de una serie, sino el principio de otra; vive de su vida propia y contiene mil vidas; es un fenómeno, pero es también un símbolo, no un símbolo hierático: un símbolo vivo.

Estas tendencias, estas características, estos movimientos de las individualidades y de las colectividades, es lo que debe tomar el artista, animarlo, hacerlo tangible y plástico, encarnarlo en caso necesario en seres vivos que serán a su vez símbolos más complejos. Pero lo esencial para él será, según mi opinión, hacer ver en el presente el futuro que se prepara, la moral que se transforma, la sociedad de mañana que se crea.

El principio de ese arte debe ser que la vida es buena y que sus manifestaciones son bellas. Sus fealdades son el producto del estado social. Para dar a la vida su belleza, es preciso pues que el arte ayude a su vez a transformar la sociedad y es así como todo arte social se convierte en un arte revolucionario.

Para realizarlos, ¿habrá necesidad de que el artista tome sus tipos en categorías determinadas, habrá necesidad de que tenga en vista la glorificación de una doctrina especial? No, porque se correría así el peligro de volver a caer en el realismo y en el didactismo. No es únicamente la vida de una época, y sus costumbres, sino también sus ideas y sus sentimientos lo que constituyen materia de arte. Es preciso que el artista cree tipos, es preciso que haga visible la acción de las ideas. Esas ideas, podrá expresarlas en sí mismas, mostrar su acción, su fuerza, considerarlas como activas y modificadoras.

Construirá símbolos para representarlas, no esos símbolos vagos y ligeros, obscuros o chatos que han servido para enmascarar la impotencia de toda una literatura agonizante para concebir, sea la vida, sean las ideas generales, sino símbolos éticos, filosóficos o sociales.

Pero el rol del arte no debe limitarse a registrar ideas, a determinar las dominantes de su tiempo. Es esencial que el arte social sea un arte de precursor. El artista no puede limitarse a establecer un cartabón, es preciso que prepare hoy la moral nueva, que de los pensamientos y los sentimientos antiguos haga salir sentimientos nuevos — los que reinarán en el mundo que se elabora. Ese mundo lo preparan lentamente las grandes fuerzas económicas y sociales. La obra del escritor, la obra del artista, la obra del arte social es hacer comprender al hombre de hoy otras formas de belleza; es también hacerlo apto para habitar la ciudad de mañana.

BERNARD LAZARE

UNA POLEMICA DE INTERES PERMANENTE

La violencia anarquista

(*Conclusión*)

Nuestro ideal consiste en instituir un medio social del cual será eliminada toda prescripción o prohibición ejercida por vía de coacción o de represión. El anarquismo realizado, es la aplicación de la famosa divisa de la abadía de Teleme: "Haz lo que quieras". Ser libertario es no querer ser ni amo ni esclavo, ni jefe que manda, ni soldado que obedece; es tenerle igualmente horror a la autoridad que se ejerce como a la que se soporta, es no aceptar ninguna violencia y no practicarla sobre nadie.

Es por lo tanto cierto que, especulativamente, que sea ejercida o sufrida, la violencia no es anarquista.

Se puede también encontrar otra prueba en nuestra voluntad ardiente, tanto como sincera, de destruir para siempre la violencia organizada, erigida en medio de gobierno. Esta voluntad común a todos los anarquistas, no puede ponerse en duda; afirmarse brillante, innegable en el grito de guerra incansable arrojado por nosotros contra el *Estado*, sea cual sea su forma, su etiqueta; su constitución, su base jurídica y su organización. Aquí es donde se encuentra el punto en que se produce nítida, cortante, brutal, la ruptura entre los que son anarquistas y los que no lo son.

Pero suprimir el Estado y todas las manifestaciones de violencia por las cuales se afirma practicamente el principio de Autoridad que él encarna, es la obra de "mañana", de un mañana del cual estamos separados por un lapso de tiempo imposible de fijar. Mientras esperamos esta abolición del Estado, síntesis de la violencia legalizada, cabe preocuparse de hoy, es decir, del período de lucha áspera, de batalla encarnizada que precede necesariamente a la hora del hundimiento de la violencia, único método de gobierno.

Sin libertad para todos, no la hay para nadie.—

Conozco a libertarios para quienes el problema social es y no es sino un problema de conciencia. Estiman que para vivir en anarquista no es indispensable que, sobre el plano histórico, el Ideal anarquista se haya realizado. Entienden aportar al problema social tantas soluciones aisladas como hay individuos; consideran que, siendo la educación personal la única capaz de formar seres moralmente libertarios y materiamente libres, hay lugar de extender los beneficios de esa educación individual y que el medio más seguro y mejor — sino el más rápido — para arrebatar a los que hacen las leyes, las aplican y mandan, la autoridad de la cual gozan, es el de arrancar a los que obedecen a la costumbre de someterse, al respeto a la legalidad y al culto de los Amos.

Esos libertarios se declaran satisfechos cuando, en la medida de lo posible, han hecho su propia revolución. En cuanto a la Revolución social, la que tiene por objeto y tendrá como resultado la emancipación de todos en el dominio social por el hundimiento del régimen capitalista y la abolición de la Autoridad, esos libertarios llegan hasta desinteresarse de ella, más o menos totalmente. Cuando más, se deciden a aspirar, suspirar y esperar.

Mi anarquismo es menos estrictamente personal y más activo; no encara, mejor: juzga irrealizable una liberación que se limitara a mí mismo. Siento demasiado vivamente que "soy un hombre y de que nada que toque a la humanidad me es extraño ni indiferente", para que no me aplique con pasión a la emancipación común. Sé que mi libertad individual está indisolublemente ligada y subordinada a la liberación de mis hermanos y que es acondicionada y medida por la emancipación de todos.

Sé, en fin, que esta emancipación común indispensable a la mía, no puede resultar sino de un gesto de conjunto, de un esfuerzo colectivo, de una acción concertada y de masas, gesto, esfuerzo y acción que serán la Revolución Social.

La vida surge siempre rompiendo las trabas que se le oponen.—

Los anarquistas son tiernos, afectuosos, sensibles. Por esto detestan la violencia. Si les fuera posible creer que realizarán con la dulzura y la persuasión su concepción de paz universal, de ayuda mutua, y de acuerdo libre, repudiarían todo recurso a la violencia y combatirían enérgicamente hasta la idea misma de ese recurso.

Pero prácticos y realizadores, digan lo que quieran sus detractores interesados o ignorantes, los anarquistas no creen en la virtud mágica, en el poder milagroso de la persuasión y de la dulzura; tienen la certeza reflexiva que, para hacer de su sueño admirable una realidad viviente, será preciso ante todo terminar con el mundo de avidez, de mentira, de dominación, sobre las ruinas del cual construirán la ciudad libertaria; tienen la convicción de que para romper las fuerzas de explotación y de opresión, será necesario emplear la violencia.

Esta convicción se apoya sobre el estudio imparcial de la historia, sobre el ejemplo de la naturaleza y los dictados de la razón.

La historia—no me refiero a la que los turiferarios de la fuerza triunfante y de los poderes despóticos han escrito, sino a aquella de la cual los pueblos trazaron los surcos al correr de largos siglos—esa historia nos enseña que en esos surcos han caído abundantemente las lágrimas y la sangre de los desheredados; que se han apilado los cuerpos martirizados de innumerables y heróicas víctimas de las rebeliones; que cada reforma, mejoramiento y perfeccionamiento ha sido el salario de batallas sangrientas, irguiendo a los oprimidos contra los opresores; que jamás los amos renunciaron a la mínima parcela de su poder tiránico, que jamás los ricos han abandonado una porción de sus robos, una fracción de sus privilegios, sin que la acción revolucionaria de los esclavos y expoliados no los haya obligado a ceder con la amenaza, la intimidación o la fuerza popular exacerbada; que sólo los motines, las insurrecciones, las revoluciones sangrientas han debilitado un poco la pesadez de las cadenas que los poderosos hacen pesar sobre los débiles, los grandes sobre los pequeños y los jefes sobre los sujetos.

Tal es la lección que se desprende del estudio minucioso, del examen imparcial de la historia.

La naturaleza une su gran voz a la de la historia poniendo bajo nuestros ojos el espectáculo incesante de la violencia rompiendo, en un momento dado, las resistencias que obstaculizan el nacimiento y el desarrollo de las fuerzas en transformación y de las formas constantemente renovadas que comporta la eterna evolución de los seres y las cosas.

Es el trabajo que, con una ineluctable lentitud, se produce en la profundidad de los océanos o en las entrañas de la tierra, que después de proseguir imperceptible y casi inobservable, se afirma bruscamente por formidables convulsiones

geológicas, incendiando, inundando, invirtiendo, bajando, nivelando.

Es, en las regiones volcánicas, la masa incandescente, que después de sacudir a las montañas a intervalos cada vez menores y con más fuerza, se abre violentamente un paso hasta el cráter y vomita turbiones de fuego.

Es el suelo surcado por infiltraciones que se reunen, forman poco a poco una napa de agua, ejercen sobre la superficie de la tierra una presión violenta y, rompiéndola, surgen en fuente cristalina.

Es el niño, que, después de haberse desarrollado nueve meses en el vientre de la madre, se evade, la gestación terminada, de la prisión maternal; hace estallar las paredes, entreabre y rasga todo lo que se opone a su paso y nace en el dolor y la efusión de sangre.

En fin, los dictados de la razón afirman los de la naturaleza y de la historia.

La más elemental y simple razón proclama que contar con la buena voluntad de los gobiernos y los ricos, es una verdadera locura; que los que están allí, estimando que sus privilegios son justos y que su salvaguardia es indispensable al bien público, condenan como malhechores, y como tales los tratan, a todos los que intentan desposeerlos de la fortuna y el poder; que si se rodean de gendarmes y soldados es para lanzarlos, al menor asomo de revuelta, contra sus enemigos de clase; que si sucede por casualidad que consienten cercenar un poquito su explotación o su dominación es para hacer la parte del fuego y salvar el resto; pero jamás, nunca consentirán en perderlo todo y en consecuencia será preciso, tarde o temprano, arrancarselo por la fuerza. He aquí lo que dice la razón, de acuerdo con la naturaleza y la historia.

La violencia es fatal e indispensable para el triunfo.—

Me queda por indicar de qué naturaleza es la violencia que los anarquistas, por la necesidad de la lucha que han emprendido y que están firmemente empeñados en llevar hasta el fin, tienen la obligación de encarar como una fatalidad, lamentable, pero ineluctable.

Es Andrés Colomer que va a respondernos:

Si la violencia debiera servirnos únicamente para rechazar la violencia, si no debiéramos asignarle fines positivos, tanto valdría renunciar a participar como anarquistas en el movimiento social, tanto valdría entregarse a una labor de educacionista o adherirse a los principios autoritarios de un período transitorio. Porque yo no confundo la violencia anarquista con la fuerza pública. La violencia anarquista no se justifica con un derecho; no crea leyes; no condena jurídicamente; no tiene representantes regulares; no es ejercida ni por agentes ni por comisarios, así sean del pueblo; no se hace respetar ni en las escuelas ni por los tribunales; no se establece, se desencadena; no detiene a la Revolución, sino que la hace marchar sin cesar; no defiende a la Sociedad contra los ataques del individuo: es el acto del individuo afirmando su voluntad de vivir en el bienestar y en la libertad.

En fin, me queda por precisar en qué condiciones, con qué espíritu, qué fin y hasta qué límites los anarquistas entienden hacer uso de la violencia.

El indomable y puro militante Malatesta se encarga de decirnoslo:

La violencia no es sino demasiado necesaria para resistir a la violencia adversa y nosotros debemos predicarla si no queremos que las condiciones actuales de esclavitud disimulada en que se encuentra la gran mayoría de la humanidad persistan y empeoren. Pero ella contiene en sí misma el peligro de transformar la revolución en una batalla brutal sin luz de ideal y sin posibilidad de resultados bienhechores. Es por lo cual es preciso insistir sobre las finalidades morales del movimiento y sobre la necesidad, sobre el deber de contener la violencia en los límites de la estricta necesidad.

Nosotros no decimos que la violencia es buena cuando somos nosotros los que la empleamos y mala cuando los otros la emplean contra nosotros. Decimos que la violencia es justificable, es buena, es moral, es un deber cuando se emplea para la propia defensa y la defensa de los otros contra las pretensiones de los violentos, y decimos que es mala, que es "inmoral" si sirve para violar la libertad de otros.

No somos pacifistas, porque la paz es imposible si ella no es querida por las dos partes.

Consideramos que la violencia es una necesidad y un deber para la defensa, pero para la sola defensa. Naturalmente, no se trata únicamente de defensa contra el ataque material, directo, inmediato, sino contra todas las instituciones que por la violencia tienen a los hombres en la esclavitud.

Estamos contra el fascismo y quisiéramos que se lo venciera oponiendo a sus violencias mayores violencias. Y estamos ante todo contra todo gobierno, que es la violencia permanente.

Pero nuestra violencia debe ser resistencia de hombres contra brutos y no lucha feroz de bestias contra bestias.

TODA LA VIOLENCIA NECESARIA PARA VENCER, PERO NADA MAS, NI PEOR.

* * *

No he agotado los argumentos que podría oponer a la tesis de Elosu: ¡hay tanto que decir sobre el asunto!

Podría justificar el recurso a la violencia anarquista por todas las consideraciones pertinentes al caso de legítima defensa.

Podría demostrar que propagando la rebeldía en toda forma, sin excluir la rebelión armada, permanezco fiel a los orígenes más lejanos del movimiento anarquista y su constante tradición.

Podría probar que la violencia cotidiana ejercida por los gobiernos es de una ferocidad que no podrá superar jamás la que nosotros proclamamos una necesidad, y que causa miserias, sufrimientos, duelos que no igualaría la violencia anarquista más ferozmente desencadenada.

Podría citar el ejemplo del cirujano que para salvar el cuerpo entero practica el corte de un miembro y que a nadie se le ocurre acusar de crueldad!

Podría citar esta confesión lapidaria, esta declaración cínica pero exacta, que todo el mundo conoce: "Entre los partidarios y los enemigos del régimen actual, la cuestión es de fuerzas!"

Pero esta refutación de la tesis sostenida por Elosu es ya bastante larga y espero que parecerá decisiva a mis lectores.

SEBASTIAN FAURE

Rol del proletariado contra la guerra

Contestando a una encuesta del diario "Worwaerts", del 20 de septiembre de 1905.—

Considero deber de todo hombre contestar a una tan grave cuestión como esta que se somete a las conciencias.

El interés económico no basta para comprender la violencia y el deseo de dominación de los hombres, por los cuales sufrimos. Es necesario invocar razones de un orden más elevado que el mero interés material y al que los individuos sacrifican diariamente sus pasiones.

El proletariado posee un medio inmediato de trabajar por la paz del mundo: *y es renunciar a la corrección brutal y a la injuria a los niños. "No pegueis, no injuriéis a vuestros hijos", son las palabras que debería escribirse sobre el frente de toda casa. Es en la familia donde se cultiva la violencia y por la cual se prepara la esclavitud y la servidumbre del proletariado.*

Es esa miserable herencia del derecho paternal sin control, que nos prepara a la obediencia absurda, a la resignación de los golpes en la escuela, en la fábrica, en el cuartel y, en fin, nos lleva a la carnicería en masa de los campos de batalla.

Y es porque los hombres aman sus hijos solamente como los animales aman sus cachorros, que los envían al matadero. Que los amen y los estimen como su propio porvenir, su pensamiento más alto, y que los admiren también como conciencias de futuros tiempos más justos, y de este modo, su consentimiento para morir les exigiría razones tan elevadas como aquellas para las cuales ellos vivieron.

Hace siglos que los hombres se devuelven los golpes que recibieron de niños; que el ente individual renuncie a la brutalidad y a la injuria, y escapará a la violencia colectiva, resultado de la injusticia de los individuos.

FILOSOFIA DEL ARTE

(Extractado de "Notas de un proyecto de Academia de Bellas Artes")

Su razón como iniciadora en la comprensión de las leyes de la naturaleza. La expresión y el poder de alcance de nuestras facultades. Es imprescindible que la función bienhechora y necesaria del artista sea bien definida.

Repetir y comentar esta idea. Para mayor convencimiento del artista y la nobleza y la utilidad de su objetivo, infundirle el horror y el desprecio por el parásito, y no admitir que el arte y el artista no sean más que una fuente indispensable al hombre para conocerse como unidad moral y física, es decir como la criatura que excede en el Universo.

Es inculcando la convicción del apostolado heroico del artista, como la servilidad del arte falso, pornográfico y la adulación a los poderosos y la riqueza, que será marcado a fuego, inspirando el disgusto.

EUGENE CARRIERE

(Del libro "Ecrits et Lettres choisies")

Azorín, antes y después de la Academia

La actitud que frente a escritores y Prensa ha adoptado *Azorín* después de ser elegido académico, es sencillamente indignante. Jamás se ha visto un ejemplar mezclado de arribismo desenfrenado con cinismo absoluto tan descarnado como *Azorín*.

Hacía años, muchos años, que *Azorín* encaminaba sus lentos pasos y sus ridículos tartamudeos literarios a *un pueblecito*: la Academia Española. Para lograr el arribo feliz no vaciló en los procedimientos; todos eran buenos: la adulación privada y pública, derramada a raudales; el P. E. N. Club; la francofilia (todo tiene en *Azorín* su explicación y su por qué): la política.

Desde el P. E. N. Club, a los postres, en el *Orden del día*, con su oratoria agnática, y su estilo sin oxígeno, predicaba la buena nueva, como un zancarrón redivivo: la fraternidad entre artistas, el compañerismo... Todos, decía, todos los escritores y novelistas, aun los que más se opongan a nuestros temperamento, tienen su razón de ser en el Arte; todos son necesarios... disculpemos, amemos al compañero, repetía... Y al mismo tiempo que encendía una vela a Unamuno, encendía otra a la prudencia, a la mesura...

Pues todo no era más que Academia, deseo de Academia, sueño de Academia... Quería y le convenía que no se alzase una voz protestando contra lo inaudito, a saber: que un señor que ni siquiera es escritor, que no sabe construír oraciones de más de seis palabras, vaya a la Academia con el elogio unánime de la Prensa, con la tolerancia y hasta el beneplácito de los escritores, de tantos escritores que valen *infinitamente* más que él, y que ni son ni quizá serán nunca miembros de la ilustre casa...

Y ya es académico. ¿Y qué hace *Azorín*? Primero, bombear cínicamente a Urgoiti, el enemigo personal de Luca de Tena — a quien *Azorín* debe cuanto es literariamente—, y después, en *A B C*, publicar dos artículos plenos de disnea y mala fe, negando a todos los escritores españoles y ridiculizando a todos los periódicos... "Sólo se publican libros pintarrajeados y falaces". "No existe la Prensa en España. La censura previa es un bien", viene a decir el mauro-ciervista francófilo...

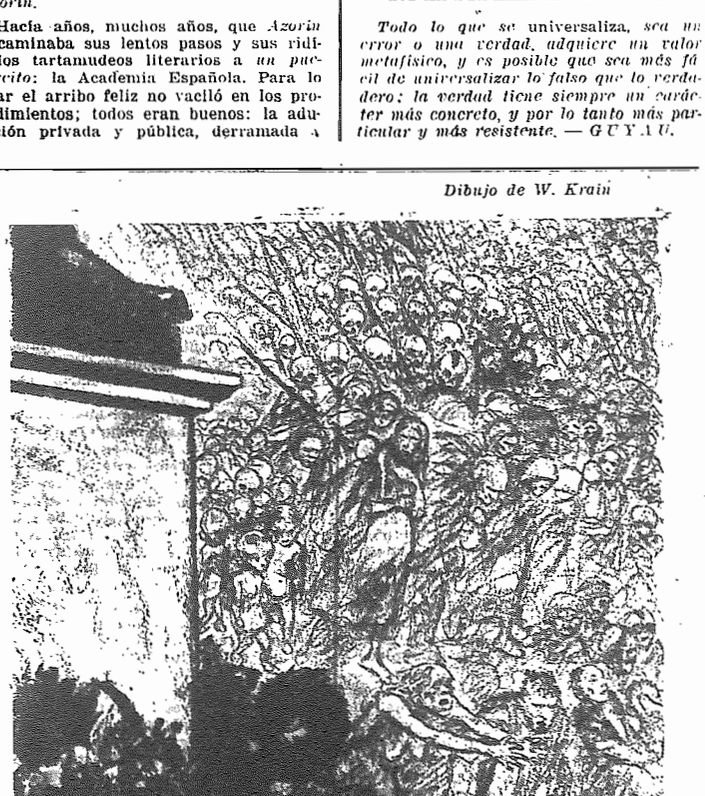
¿Pero qué se puede esperar de un señor que con el mayor aplomo hace en uno de sus libros la cálida apología del cinismo?

Los dos artículos a que antes aludimos, y *su conducta de antes de la Academia*, constituyen la más perfecta silueta espiritual del anciano botafumeiro de Maura.

X. X.

Todo lo que se universaliza, sea un error o una verdad, adquiere un valor metafísico, y es posible que sea más fácil de universalizar lo falso que lo verdadero; la verdad tiene siempre un carácter más concreto, y por lo tanto más particular y más resistente. — GUYAU.

Dibujo de W. Krain



¡ABAJO LA GUERRA!